

El **CORSARIO** **AZUL**



La **MÁSCARA**
POR J. LEÓN



Table of Contents

La máscara

CAPITULO PRIMERO

CAPITULO II

CAPITULO III

CAPITULO IV

CAPITULO V

CAPITULO VI

CAPITULO VII

CAPITULO VIII

CAPITULO IX

CAPITULO X

CAPITULO XI

CAPITULO XII

CAPITULO XIII

Créditos

Notas a pie de página

Annotation

Historia de amor entre el alférez Alonso de Guevara y la bella Margarita, hija del Gobernador. Todo lo complica la aparición de un nuevo y enigmático pirata, que con el rostro cubierto por una máscara de cuero y con un insólito sentido del honor, surca los mares de Caribe. El Corsario Azul y su tripulación inician su persecución, llegando a un sorprendente final al descubrir que La Máscara es...

El **CORSARIO** **AZUL**

RJ J. LEÓN



LA MÁSCARA

Ediciones  Clipper

Primera edición: Marzo 1949

NOTA: Los nombres de los personajes y las situaciones en que se suceden los relatos publicados en esta colección, son únicamente fruto de la imaginación de sus autores, por lo cual nadie puede darse por aludido en el caso de una posible coincidencia.

Es propiedad de EDICIONES CLÍPER

PONSA, impresor —Iradier, 5A— Barcelona



La MÁSCARA

CAPITULO PRIMERO

UNA NAVE SIN NOMBRE

El mar aparecía sereno bajo el manto de la noche.

Las estrellas brillaban en el firmamento, pero la luna no —había salido aún. Una obscuridad se cernía sobre las olas, que se agitaban alrededor del buque.

Por sus proporciones, la nave debía ser de alto bordo y la iluminación irradiaba su luz por el mar.

Sobre cubierta dormían algunos marineros. En el puente, el oficial de guardia paseaba tranquilamente, en espera de que concluyese su turno.

En el castillo de proa reían los tripulantes mientras los pasajeros se disponían a acostarse en sus camarotes.

La nave surcaba las aguas y sobre el alboroto de las conversaciones se oía el crujir de las velas y loa mástiles.

De improviso, uno de los grumetes que permanecía apoyado en la borda, lanzó un grito de sorpresa. En la madera se había clavado un garfio de los que se emplean para los abordajes. Casi en seguida nuevos ganchos hicieron presa en la borda.

Pálido de terror, el muchacho dio la voz de alarma:

—¡Piratas! ¡Abordaje!.

Los marineros que descansaban en cubierta se volvieron estupefactos. Desde el puente el oficial miró hacia el mar, buscando la nave enemiga y, sin embargo, nada se veía.

—¿Qué te ocurre, grumete? —exclamó—. ¿Has bebido demasiado?

—¡No! —respondió el aludido.— Pero aquí se han clavado los garfios de abordaje.

—Que me vuelva turco si lo entiendo... —comenzó a decir el oficial, pero se vio interrumpido por un brusco encontronazo que sacudió toda la nave.

Sólo entonces los ojos de los marineros, acostumbrados a la obscuridad, pudieron distinguir un buque, sin luces de ninguna clase, que como por ensalmo había aparecido junto a ellos.

—¡Tenía razón el grumete! —exclamó el oficial—. ¡Todos a cubierta!

Un disparo de mosquete le derribó cayendo ensangrentado por el puente.

Los tripulantes de la nave se aprestaron a defenderse, pero ya era tarde. Los piratas habían abordado el buque y, esgrimiendo sus

machetes, recorrían la cubierta, asestando golpes mortales a todos los que a su paso hallaban.

La avalancha de asaltantes se desparramó por el buque. Aunque los tripulantes intentaron defenderse, nada pudieron hacer, vencidos de antemano por la sorpresa.

De pronto se vio a una figura esbelta y elástica que, vestida de azul, dirigía la lucha con la espada desnuda en la mano. A su lado se veía a un corpulento marino, que parecía más alto a causa de que la figura vestida de azul no le llegaba más que al hombro examinaba atentamente sus semblantes.

Mientras, las mujeres, reunidas en otro extremo de la cubierta, contemplaban aterrorizadas a aquel extraño personaje. Sabían las violencias que piratas y bucaneros ejercían sobre las mujeres que capturaban y temían que con ellas ocurriera entonces.

Vieron con terror cómo uno de los asaltantes de la nave se acercaba, sonriendo con brutalidad. Se detuvo junto a una muchacha morena y la tomó por el brazo.

—Esto sí que es un buen botín —exclamó.

Dio un grito la joven, intentando resistirse, pero el pirata rompió a reír.

—Preciosa, no te asustes, que soy muy cariñoso.

Un disparo estalló sobre la cubierta del buque y el forajido se desplomó con una bala en la cabeza.

La Máscara, empuñando una pistola humeante, se enfrentó con su tripulación.

—Sabéis que no consiento que se moleste a las mujeres. Todo el que me desobedezca sufrirá una pena idéntica.

Luego, el misterioso pirata se volvió hacia el oficial cautivo, que ya había recobrado el conocimiento.

—Trasladaremos a nuestra nave todo el cargamento y después quedaréis en libertad.

Una hora después, el buque de La Máscara se alejaba, dejando en libertad a los supervivientes de la otra embarcación.

* * *

La bandera inglesa se mecía impulsada por el viento. Los marineros ejecutaban la maniobra con rapidez.

Desde el puente el capitán oteaba el horizonte, procurando distinguir en la obscuridad el buque que les perseguía.

Estaba seguro que debía ser un galeón español, que les daba caza. Un cañonazo enemigo retumbó en la noche y la bala cayó ante la proa del inglés, alzando una columna de agua.

Lo que más desesperaba a los perseguidos era que el buque

enemigo no llevaba iluminación de ninguna clase y no podían distinguirlo, y, como es natural, tampoco podían disparar sobre él.

De pronto, se vio un fanal que ascendía en el aire. Los ingleses quedaron sorprendidos ante este hecho insólito. Iluminó el fanal las vergas de un buque y una bandera negra con una calavera y dos tibias cruzadas.

Un gran alivio, se derramó como un bálsamo sobre el corazón de los marineros. Aquel navío estaba muy cerca, y, de ser un buque español, les hubiera capturado.

El capitán, a su vez, colocó un fanal junto a su enseña, para que los bucaneros, al ver que se trataba de una embarcación inglesa, se alejasen sin molestarles.

Pero los filibusteros continuaron avanzando, hasta que chocaron con el casco del buque británico.

Los garfios hicieron presa en la borda y una horda de piratas semidesnudos y aulladores se extendieron por la cubierta.

Vencidos por la sorpresa, los marineros no tuvieron casi tiempo de defenderse. La oleada de machetes les arrolló hasta encontrarse rodeados por los piratas, que les amenazaban con las armas desnudas.

El capitán procuraba hacerse oír, gritando sin cesar:

—Somos ingleses. Inglaterra protege a los «Hermanos de la Costa».

Una voz seca y autoritaria, preñada de odio, exclamó;

—No somos «Hermanos de la Costa» y no es ninguna recomendación el hecho de que seáis ingleses.

Se volvieron todos para ver una figura esbelta y ágil que se destacaba entre los marineros. Su semblante se veía cubierto por una careta de cuero.

—¡La Máscara! —gritó el capitán.

Asintió el pirata, y, empuñando un farol, examinó, uno a uno, atentamente, los semblantes de toda la tripulación.

* * *

Las chozas semejabán mayores a la luz de la luna. Los altos cañaverales se veían agitados por el viento, emitiendo una extraña y monótona canción.

En sus barracones, los negros cantaban con melancolía, su nostalgia de la tierra africana de donde fueron arrancados a cambio de unas baratillas que adornaban los cuellos de los jefes de las tribus.

Los capataces, sentados ante sus bohíos, fumaban en sus pipas de arcilla, gozando de aquella hora de descanso en la que no ahogaba el calor.

Ante la casa principal se reunían el dueño de la plantación y sus

familiares, escuchando los cantos de los esclavos,

A cierta distancia, el mar acariciaba las playas de arena.

Varias lanchas se acercaban con precaución a la costa. Los remos se veían cubiertos por unas fundas de cuero que amortiguaban de golpe en el agua.

En el interior de las lanchas, varios hombres permanecían agazapados.

Al fin, las embarcaciones tocaron tierra y las navegantes saltaron sobre la arena.

En silencio, se internaron, con las pistolas amartilladas, los machetes desnudos y los arcabuces montados.

La luna recortó sus figuras musculosas y salvajes. Abandonaron la playa y cruzaron un bosque. Ninguno de ellos hablaba, marchando como sombras por el bosque de palmeras.

Pudieron ver a los hombres sentados tranquilamente, en una escena apacible y familiar, pero esto no pareció afectar a aquellos hombres, proscritos de la sociedad humana. Uno de los piratas se echó el arcabuz a la cara y oprimió el gatillo. El disparo rompió la quietud de la noche y despertó una salva de chillidos de mujeres.

Como una tromba, los piratas atacaron esgrimiendo sus armas con ferocidad, dirigiéndose hacia la casa.

En pocos minutos quedó dominada la situación. Los capataces tomaron las armas, intentando defenderse, pero resultó inútil.

Ante las horrorizadas miradas de las mujeres, que unos piratas protegían con los aceros desenvainados, comenzó el saqueo.

Todo lo que poseía algún valor fué sacado de las viviendas. Lo que no les interesaba quedó tendido en la arena.

El propietario de la plantación contempló con los ojos desorbitados cómo toda su riqueza se convertía en un montón de ruinas. No comprendía a qué se debía aquel ataque. Era francés y los bucaneros debían respetarle. Por otra parte, los españoles no atacaban las posesiones de ciudadanos pacíficos.

Unos piratas obligaron a reunirse a todos los hombres de la plantación y, entonces, una extraña figura, que alzaba un farol, fué examinando atentamente los semblantes de los cautivos.

El desconocido se cubría el rostro con una máscara de cuero.

CAPITULO II

CONATOS DE MOTÍN

La fama de La Máscara se fué extendiendo por todo el Caribe. Su tiuque sin nombre, con las luces apagadas, atacaba en plena noche, adquiriendo pronto el aspecto de una leyenda. Nadie dudaba de la existencia de La Máscara, pero muchos no creían la historia de los ataques nocturnos.

Sin embargo, debieron rendirse ante la evidencia, aceptando la extraña táctica de aquel misterioso pirata.

Existían otros piratas en el Caribe, como el inglés Vane, que no respetaba banderas ni nacionalidades, pero de ninguno se contaban las cosas extrañas que de La Máscara.

Sus costumbres no eran propias de los bandidos del mar. Jamás derramaba sangre inútil y permitía que los navíos que se rendían continuasen navegando, una vez había trasladado el cargamento a su barco. Respetaba a las mujeres, no permitiendo que nadie las molestase.

Además, el misterio de su identidad azuzaba la imaginación de la gente. Nadie había podido ver su semblante, cubierto siempre por la careta de cuero, y se hacían muchas cabalas acerca de esta razón.

Aseguraban algunos que era un alto personaje que deseaba ocultar su persona. Otros decían que tenía el rostro desfigurado por horribles cicatrices y que prefería que nadie las pudiera ver y no faltaban los que creían que era tan sólo un ardid para asustar a sus víctimas.

* * *

«El Antillano» navegaba tranquilamente por el océano, cuyas aguas brillaban a efectos del sol.

Los centinelas montaban su guardia, mientras los corsarios francos de servicio descansaban a la sombra de las velas, o jugaban a los dados.

Muy poca gente permanecía en el entrepuente o en las cámaras a causa del calor, prefiriendo respirar el aire puro que soplaba sobre la cubierta.

La disciplina del galeón para nada intervenía en las ropas de los corsarios, y la mayor parte lucían el torso desnudo, exhibiendo la piel curtida que cubría sus músculos poderosos y sus velludos pechos. Algunos no se habían desprendido de las camisas, siguiendo el

ejemplo de sus jefes.

Tendidos sobre la cubierta, los corsarios charlaban, recordando mujeres a las que amaron a su paso por los puertos y las ciudades de guerra. Invariablemente se mezclaban con sus palabras de amor, imágenes de saqueos y de poblaciones en llamas o de reyertas en los mesones.

Una voz, algo agria, entonaba una popular tonada de marcha de los tercios españoles:

«A la guerra me lleva
mi necesidad;
Si tuviera dineros,
no fuera en verdad.»

Sin embargo, todos los hombres de la tripulación de «El Antillano», espejo del imperio español, habían ganado y gastado, según su edad, varias fortunas. Pero algo más que el ansia, de riquezas impulsaba a aquellos hombres de guerra. En sus oídos, la aventura entonaba un canto desenfrenado y persuasivo.

Se oían asimismo a los jugadores que gritaban sus triunfos. El juego les embebía, haciéndoles olvidar aquel prolongado cruceo.

Hacía muchos meses que salieron de Santo Domingo y no habían tocado en ningún puerto. Se detuvieron en algunas islas para aprovisionarse, pero el capitán Villegas no permitió que nadie descendiese a tierra.

Desde la cubierta debieron presenciar los corsarios las frescas playas, sombreadas por las palmeras, por las que paseaban mestizas y mulatas, sonriendo a los marineros y haciéndoles señas.

Nadie protestó, ya que el capitán no era hombre que admitiera discusiones sobre sus órdenes.

Apresaron varias naves corearías y llenaron la bodega de oro, joyas, dinero y mercancías. Varias veces debieron desembarcar el botín, que casi no cabía en el buque, para desembarazar la nave.

Dejaron las riquezas en manos de los gobernadores de las colonias españolas que se encontraban a su paso.

Los corsarios comenzaron a dar señales de malestar. No porque temiesen que su botín fuese a perderse. Nadie en el Caribe, fuera cual fuera su posición, se atrevería a engañar a don Diego de Villegas. Se sentían cansados de una permanencia tan larga en el mar y, puesto que el botín era grande, preferían gastarlo alegremente en bebidas antes de que los mataran.

Pero cuando el piloto y Pérez de Lerma expusieron estas quejas ante el capitán, éste negó con la cabeza.

—Prometí no regresar a Santo Domingo sin haber capturado a La Máscara o a L'Olonais. Jamás rompo mi palabra.

Sin más discusiones, continuaron navegando, pero el tedio, el mayor causante de locuras, comenzó a apoderarse de la tripulación.

Puesto que otra cosa no podían hacer, cuando no había combate y se encontraban francos de servicio, dormían o jugaban a los dados. Muchos de ellos charlaban sin cesar acerca del mismo tema, que durante cada viaje salía a relucir una y otra vez. Sus amores pasados y sus esperanzas para el futuro.

Muchos preferían jugarse la parte que les tocaba de botín antes de cobrarlo.

Se oían las maldiciones de los que habían perdido y las exclamaciones de triunfo de los que habían ganado.

La pasión del juego, la monotonía, el calor y su sangre ardiente se habían combinado para formar un estado de ánimo muy parecido a la locura.

Dos corsarios intentaron acuchillarse, evitándolo la intervención de los demás, que los desarmaron.

Otros se aporrearón, cubriéndose de injurias.

Ohando comunicó la noticia al capitán.

—Encuétranse los hombres muy excitados y molestos a causa de la larga permanencia en el mar y me parece, Diego, que haríamos mejor regresando a Santo Domingo.

Villegas negó con la cabeza.

—Jamás rompo mi palabra. Se alistaron los hombres para obedecerme corno a su superior y no pienso variar las órdenes. Permitiré, eso sí, que salten a tierra en cuanto llegemos a una isla. Por de pronto queda prohibido que jueguen.

Azogue y Leyden recorrieron el; buque, recogiendo los dados,

Una ola de malestar se extendió por los corsarios. Ni este último entretenimiento les era permitido. Aquella gente altanera, quisquillosa y temible tenía poco aguante para lo que no fueran las fatigas de la guerra.

Pero como ídolo trataban a su capitán, el respeto acalló las protestas y continuó el viaje.

Un día, tres corsarios, Menergas, el Tuerto y el Extremeño, se reunieron con cinco compañeros más y se dirigieron al entrepuente. El Extremeño informó a los otros:

—Os he traído aquí para que juguemos unas partidas a escondidas.

Quedaron sorprendidos los que le escuchaban. El Tuerto se atrevió a preguntar:

—¿Cómo vamos a jugar si nos han decomisado los huesos?

Sonrió el Extremeño y agregó:

—Ha tiempo que navego y en otros buques nos hicieron la misma prohibición. Pero nosotros jugábamos igualmente.

—¿De qué manera? —quiso saber Menergas.

—Con piojos —explicó el Extremeño—. Guardo yo aquí unos que nos servirán muy bien para este menester.

Dibujó un círculo en el suelo y en el centro de éste hizo otro más pequeño, donde colocó tres piojos. Entonces se volvió a sus amigos:

—Apostad por el que más os guste.

Hicieron así los corsarios y quedaron —atentos a los movimientos délos animalillos. Comenzaron éstos a moverse y se vio de pronto que se extendían por el círculo. Quedaron atentos los jugadores, aguardando el resultado de aquella carrera. Uno de los piojos echó a correr, saliendo del círculo.

El que había apostado por él, se embolsó las ganancias.

—¿Qué os ha parecido? —preguntó el Extremeño.

—Por mi cabeza que me ha gustado —replicó Menergas—. Debemos jugar otra, partida.

—Pero procurad que nadie más se entere, de otro modo llegará a oídos del capitán.

Se estremecieron los corsarios, al imaginarse que Villegas llegara a saber que habían contravenido sus órdenes.

Continuaron jugando hasta que les llegó el turno de guardia.

Al día siguiente se reunieron de nuevo, continuando la partida.

El Extremeño perdía cada carrera. Los piojos por los que apostaba parecían retrasarse a propósito, dejando paso a los demás.

Menergas, en cambio, ganaba todas sus apuestas.

Estaba bien claro que nadie podía hacer trampas, que era tan sólo cuestión de suerte, pero los nervios de todos ellos se habían desquiciado.

El Extremeño hizo una apuesta, dirigiendo una mirada de odio a Menergas, que no se dio cuenta, ocupado en contar cuánto le debía cada uno, ya que jugaba con pagarés a cobrar cuando les dieran sus pagas.

Partieron los piojos y de nuevo perdió el Extremeño y ganó Menergas. El primero lanzó una maldición y dijo:

—Paréceme Menergas, que es demasiada suerte la tuya.

Alzó la cabeza, el aludido y fijó sus negros ojos en su interlocutor.

—Explícate, pues no es de hombres quedar a medias palabras.

El Extremeño no se movió, pero sus apretadas mandíbulas indicaban la furia que le dominaba.

—Jugando noblemente no se gana de este modo —añadió.

Menergas se puso en pie de un brinco, acercando la mano a la empuñadura de su daga.

—¡Cuerpo de Satanás! —gritó.— Me parece que has hablado demasiado.

El Extremeño se puso en pie a su vez.

—Así me entenderás mejor.

—Te he entendido muy bien. Hablemos ahora al estilo de los soldados.

Sin más palabras, Menergas desenfundó la daga, abalanzándose sobre su contrincante, quien, a su vez, había empuñado su arma.

Se interpuso el Tuerto entre los dos, procurando evitar la riña.

Los demás corsarios se abalanzaron sobre Menergas unos y sobre el Extremeño otros, procurando sujetarles e imposibilitar la reyerta.

Pero lo» dos aventureros estaban ofuscados por la cólera, Gritaban pidiendo que les soltasen y que les permitieran poder abrirse en canal. El alboroto promovido atrajo a Matholi, di condestable, que recorría el entrepuente, revisando los cañones.

—¿Qué ocurre? —gritó—. Esténse quietos, vuestras mercedes.

La autoritaria voz del siciliano inmovilizó a los dos rivales.

Luigi examinó la cámara y, observando los círculos, dijo;

—¿No sabéis que el juego está prohibido a bordo?

El Tuerto se excusó:

—No jugábamos.

Matholi le dirigió una torva mirada.

—Yo he navegado con los «levantes». Conozco el juego de los piojos. Compareceréis en presencia del capitán. ¡Vamos!

Le siguieron de mala gana los corsarios, pues Villegas no permitía que se desautorizara una orden dada por él.

Entraron en el camarote de Diego, quien, en mangas de camisa, se encontraba en compañía de Ohando.

—¿Qué ocurre?

Matholi explicó lo que había sucedido.

Villegas clavó sus ojos oscuros en los corsarios.

—¿Desde cuándo se dan las órdenes para que no se cumplan? ¿Es que sois rufianes del puerto? Para el enemigo debéis guardar vuestras armas en vez de pelear entre vosotros.

Los aventureros permanecían inmóviles, aguantando la reprimenda de su jefe.

—¿Quién propuso el juego de los piojos? —preguntó Diego.

Nadie contestó.

—¿No me habéis oído?

El mismo silencio siguió a estas palabras.

—¿Queréis que os coloque en el cepo?

El Extremeño dio un paso al frente.

—Fui yo, señor capitán.

Menergas y el Tuerto avanzaron al instante.

—Fui yo-dijeron al unísono.

Los cinco corsarios se adelantaron.

Villegas contempló a los ocho hombres que se presentaban como

culpables.

—Bien —dijo—. Que hagan tres puestos de guardia cada uno, con peto y casco. —. Hizo una pausa y agregó:— Si hubierais delatado a vuestro compañero, os habría castigado con seis puestos.

Los arrestados paseaban por cubierta con el arcabuz al hombro.

Se había elegido esta arma por ser más pesada que las otras. El peto y el casco pesaban treinta libras cada uno.

En medio de aquel calor, el castigo era, desde luego, severo, pero tan sólo de este modo se podría dominar a una tripulación de aventureros, cuyo carácter les impulsaba siempre a la lucha.

Los corsarios contemplaban a sus amigos que cumplían el castigo. Sin razón particular, esta disciplina que tantas veces habían presenciado les encolerizó.

Los semblantes se hallaban contraídos y los puños se apretaban con furia.

Murmullos de protestas se levantaban de entre los tripulantes. Ellos eran soldados, no esclavos. Nadie tenía derecho a mantenerlos alejados durante tanto tiempo de un puerto principal ni retener sus pagas. Como última medida les prohibían jugar.

Los murmullos se fueron alzando, hasta convertirse en un rugido que tapaba, el rumor del mar.

Braceaban los hombres, como si amenazasen a alguien. Azogue y Leyden requirieron las espadas por si era necesario intervenir. Pérez de Lerma amartilló las pistolas y envió a Fajeda con un aviso al capitán. De aquella misma manera habían comenzado muchos motines.

La cólera de los hombres iba en aumento. Muchos acariciaban las empuñaduras de sus dagas, dirigiendo miradas hacia el alcázar de popa.

De improviso, apareció Villegas en el puente. Iba en mangas de camisa, sin tizona ni pistolas.

Lentamente, sin apresurarse, se detuvo ante sus corsarios, desafiando la cólera de aquellos feroces aventureros.

Obligó a retirarse a Fajeda y a los que pretendían protegerle, fijando sus ojos oscuros y llameantes en la revuelta tripulación.

La mirada de su capitán obligó a desviar la vista a varios corsarios.

—¿Es que pensáis amotinaros, bergantes? ¿Qué clase de chusma sois? Ganas me dan de ahorcar a media docena de vosotros y colocar otros tantos en el cepo. —Hizo una pausa y, como pareciese que alguno tenía intención de protestar, añadió:— Sabéis que me basto y me sobro para hacerlo. —Calló de nuevo y agregó:— Pero le daré una solución más rápida. Enfilaremos la proa rumbo a Santo Domingo y allí quedaréis todos desembarcados. Luego reclutaré nueva

tripulación. Los cobardes no tienen puesto en mi buque.

El más vivo estupor se pintó los semblantes de los corsarios. Ellos no habían deseado abandonar el galeón, ni a su capitán, por el que estaban dispuestos a dejarse matar.

Uno de los corsarios gritó:

—¡No, no queremos!

—Descuidad —continuó Villegas— que antes se repartirá el botín.

—¡Al infierno el botín! —exclamó un alabardero—. Nosotros queremos continuar con vuesa merced.

La tripulación en pleno se unió a esta petición.

—Bien —dijo Diego—. En ese caso continuaremos buscando a la Máscara o a L'Olonais.



—¿Es que pensáis amotinaros, bergantes? ¿Qué clase de chusma sois?

Regresó a su camarote y le dijo a Ohando:

—¿Cuál es la isla más cercana estos rumbos?

—La de San Juan.

—Pon rumbo hacia ella, pero no digas nada a los tripulantes. —Se atusó el bigote y añadió el corsario— Quizá tuvieran razón en quejarse.

CAPITULO III

¡PIRATAS!

En la isla de San Juan la vida transcurría plácida y sin altibajos. Todo era igual y nada podía alterar la tranquilidad de las vidas de sus habitantes.

El año se dividía para ellos en dos épocas: la temporada de las lluvias y la temporada de las cosechas. Los meses tenían su comienzo al llegar el correo de Cuba, que cargaba la caña de azúcar recolectada en la isla y descargaba los artículos que allí no se podían agenciar.

La isla no era muy grande y contaba, tan sólo con una ciudad, que llevaba el mismo nombre, fundada junto a una bahía en la que se encontraba el único puerto.

En el resto de la isla se encuentran tan sólo algunas aldeas y plantaciones, donde vivían los habitantes de aquella colonia. Separada de la ruta de las Antillas, muy pocos buques anclaban en su puerto, a excepción del correo.

La tierra de la isla era muy fértil y en los lugares no roturados por el hombre se veían tupidos bosques y ríos en los que se podía cazar y pescar.

En las granjas se cultivaban los productos naturales de aquel clima y las plantaciones daban bastante azúcar, para que la colonia no fuera pobre.

Pero como tampoco era demasiado rica, jamás había excitado la codicia de los bucaneros o de los piratas.

Los habitantes de la isla vivían sin cuidado de los peligros.

La capital se componía de la residencia del gobernador, de una iglesia, varias viviendas particulares, una tienda y un mesón. Luego, se veían varios bohíos junto al mar, donde vivían los pescadores.

En un promontorio de la bahía se alzaba un presidio¹ dónde se albergaban diez artilleros al mando de un alférez.

Este, llamado Alonso de Guevara, se dirigía a caballo hacia la población. Era el alférez joven y de buena presencia. Había nacido en las Antillas y como buen criollo no sufría a causa del clima. Vestía a la moda de los soldados del siglo XVII, colete de ante, chambergo, calzones de paño, botas hasta el muslo y tahalí de cordobán, del que pendía una espada.

Su semblante moreno se veía adornado por un ligero bigote. Mientras cabalgaba, Alonso se sumía en sus pensamientos.

Bien era verdad que Margarita, la hija del gobernador, le miraba con buenos ojos. Todos parecían creerlo así. Pero él no era más que un

oficial sin fortuna y aunque don Melchor de Monterrey no era hombre de grandes recursos monetarios, por esta razón marchó a San Juan, en la isla era la autoridad máxima y Margarita se trataba con todos los plantadores que podían ofrecerle una posición mejor que aquel pobre alférez.

Especialmente una persona hacía que la vida resultara un tormento para Guevara. El señor de Garci Fernández, ayudante del gobernador, quien no ocultaba su simpatía por la muchacha. Debido a su cargo y a la amistad que le unía con su padre, Garci Fernández acompañaba a todas horas a Margarita.

Alonso creía que a ella no le agradaba aquel hombre pomposo y pagado de sí mismo, pero sin embargo resultaba peligroso aquel continuo trato.

Guevara se retorció el bigote con desesperación. En ocasiones maldecía el instante en que le destinaron a la isla de San Juan. En aquella olvidada colonia jamás ascender, ni encontraría ocasión de hacer fortuna, pero acallaba los deseos que presentía de unirse a los corsarios de Villegas o de marchar a Europa, donde se le presentarían ocasiones de demostrar su valor. Sin embargo no se decidía a abandonar aquel puesto, ya que Margarita podría enamorarse de otro hombre, olvidándole por completo.

Fustigó su montura y al galope se dirigió a la ciudad.

Se detuvo ante la vivienda .de gobernador y entregó las riendas a un criado negro. Luego echó píce a tierra y haciendo sonar las espuelas con aire fanfarrón entró en el edificio.

Un mayordomo, asimismo negro, se inclinó ante el oficial.

—Buen día, señor alférez. Ahora mismito voy a avisar a la niña.

Quedó solo un instante el militar, que aprovechó para comprobar ante un espejo que no faltaba de talle a su tocado.

Un ligero taconeo, al que acompañaba el tintinear de unas espuelas, le obligó a apartarse avergonzado de la pulida superficie de cristal

Ante él se encontraba una muchacha vestida de amazona, cuyos ojos oscuros reían alegremente. Parecía muy joven y en toda su persona respiraba vigor como todos los seres educados en buena naturaleza. Bajo el ancho y adornado sombrero, que protegía su cutis del sol, caía una abundante cabellera negra y rizada. Su nariz algo respingona le daba cierto aire de descaro. Su boca carnosa parecía reír eternamente y en aquellos momentos lucía su blanca dentadura, burlándose del oficial.

—¿Se encuentra satisfecho de su persona, don Lindo? —exclamó

—. ¿O prefiere seguir admirándose?

Alonso quiso excusarse, pero la muchacha no le permitió seguir.

—Vayamos fuera, antes de que os acucie el deseo de arreglarlos

otra vez.

Abochornado, Alonso siguió a Margarita de Monterrey.

Delante de la casa, les esperaban dos negros que sostenían el caballo del oficial y la yegua de la muchacha. Montaron los dos y la joven Picó espuelas, partiendo al galope.

Cruzaron la ciudad hasta llegar a una colina desde la que se dominaba toda la bahía. Margarita contempló a su acompañante con burlones ojos.

—Veamos, qué tal cabalgáis hoy, don Lindo —invitó al tiempo que fustigaba su montura.

De Guevara picó espuelas, siguiendo a la amazona que ascendía la loma a todo galope.

Desde la cima se divisaba el magnífico espectáculo de la ensenada. La ciudad blanca y roja refulgía bajo los ardientes rayos del sol tropical. Las rocas y los picachos semejaban paletadas de colores que alguien hubiera extendido sobre la tierra. En el agua miles de lucecillas centelleaban convirtiendo el mar en un vivero de movibles estrellas. En el fondo se extendía el océano azul e infinito. Un vaho de vapor se alzaba en le horizonte.

Alonso quedó silencioso junio a Margarita. La muchacha sonreía, contemplando el Atlántico misterioso, que cruzaban tantos buques con fines distintos.

El joven examinó atentamente a la muchacha, cuyas mejillas a causa del ejercicio, se veían coloreadas. Sintió un súbito acaloramiento que partía de su pecho hasta llegarle a la cabeza.

¡Señor!. Era muy bonita, demasiado bonita para un oficial.

Quizá Garci Fernández se la llevara o podía ser que alguno de los plantadores se casara con ella.

Se dijo el alférez que en cuanto supiera que otro hombre la había pedido en matrimonio, se marcharía de la isla para siempre, pues no podría resistir la presencia de Margarita en brazos de otro. Se estremecía al pensarlo y se dijo que era capaz de matar a ese infame.

—Estáis muy callado, don Lindo —exclamó de pronto la muchacha. Alonso sonrió.

—¿En qué pensabais? —quiso saber ella.

—Me encontraba ensimismado diciéndome que nada he hecho en la vida.

—¿Cómo es eso?

—Cuando ingresé en el ejército soñaba con llevar a cabo hazañas que llenaran mi nombre de gloria. Sin embargo, me he hundido en esta isla donde nada puedo hacer más que cazar y pasear a caballo.

Margarita permaneció callada. Sus hermosos labios se fruncieron e irguió la cabeza con desafío.

—Es cierto. Esta isla carece de interés. Yo también deseo

marcharme.

Alonso prefirió no mirarla. Siempre había creído que no tenía ningún interés para ella, pero al ver confirmadas sus sospechas, parecía que una daga se hundiera en su corazón.

Pero era demasiado orgulloso para dejarse abatir por la desesperación.

—Tengo ya pensado enviar al almirante una solicitud de ingreso en el ejército de Flandes—dijo—. Marcharé a Europa y regresaré lleno de cicatrices y de gloria.

Margarita rió secamente.

—¿Y no tenéis miedo de que os desfiguren, don Lindo? —se burló.

Guevara se irguió en el caballo.

—Sé manejar una espada tan bien como cualquiera y no me falta valor. El hecho de que aquí no haya ocasión de demostrarlo no os autoriza a que os burléis. Quizá me aliste con los corsarios del capitán Villegas.

—¡Haced lo que os plazca! —exclamó la joven—. Me es igual lo que pueda ocurriros.

Alonso se estremeció nuevamente. Le parecía que la voz de la muchacha se veía empañada por las lágrimas. Le parecía imposible, ¿Sería cierto que aquella muchacha se preocupaba por él?

Incapaz de hablar, acercó su caballo al de la muchacha y la contempló un instante. Mantenía la cabeza alta y los labios fruncidos. No podía ver su semblante, puesto que miraba hacia otro lado.

—Margarita —murmuró— ¿Es posible que tú...?

Un estampido, al que siguieron otros muchos, rasgó el aire, interrumpiendo al oficial,

Se volvieron los jóvenes para mirar hacia la bahía, donde un buque bombardeaba a la ciudad y al presidio.

—¡Piratas! —exclamó Alonso. Se volvió a la muchacha y le dijo —: Ocultaos en la primera vivienda que halléis.

Luego picó espuelas, partiendo al galope hacia el fuerte, atento tan sólo a los cañonazos, sin escuchar, a Margarita, que le llamaba:

—¡Alonso! ¡Alonso!

CAPITULO IV

LA OCASIÓN DE UNA VIDA

Tom Bundry no había logrado progresar mucho en su carrera de bucanero. Ciertamente que desde la época en que, siendo un chiquillo, se dedicaba a robar cadáveres del muelle de Waipping² se había abierto camino, hasta poder mandar aquella nave. Su vida fué una sucesiva procesión de robos de menor cuantía, asesinatos, puñaladas por la espalda y combates sangrientos.

En cuanto tuvo edad para manejar un cuchillo, asesinó al judío con quien realizaba el negocio del robo de cadáveres y huyó con sus ahorros. Estos no duraron mucho y dedicó al noble arte de detener viajeros por los caminos solitarios y apropiarse de su fortuna. Luego ingresó de marinero en una nave de la Compañía de las Indias Occidentales y poco después, al llegar a Jamaica, se hizo soldado. Regresó a Inglaterra y marchó a los países bajos para servir contra los españoles, pero en el primer combate recibió tal susto que abandonó el ejército y en compañía de otros bravos mozos, se dedicó a saquear las aldeas indefensas. Pronto sus andanzas llegaron a oídos del gobernador español, quien envió algunas compañías de «reitres» que limpiaron el territorio de indeseables.

Bundry se salvó gracias a la asombrosa agilidad de sus piernas. Se colocó al servicio de los hugonotes³, luchando en La Rochelle⁴ hasta que al ver que la causa estaba perdida no dudó en pasarse a los franceses, declararse católico furibundo y alistarse en los dragones. Pero un incidente le descubrió como antiguo protestante, de modo que fué enviado a Las Antillas en calidad de esclavo. Se fugó, uniéndose a los bucaneros. Navegó con Álvarez, L'Olonais, Stout y Morgan, adquiriendo cierto renombre a causa de su habilidad en descubrir donde el enemigo guardaba sus tesoros. Después de mucho rogar a todos sus jefes, logró de Stout una recomendación para el gobernador de la Place.

Este le confió el mando de una embarcación de poca importancia asegurándole que L'Olonais había comenzado de igual modo.

Se hizo Bundry a la mar, pero sus viajes no fueron muy provechosos. Su buque no podía enfrentarse con las naves mercantes y no tenía más remedio que contentarse con apresar embarcaciones de pesca o peleteros que le rendían poco beneficio. Su tripulación estaba quejosa, Monsieur de la Place le trataba con desprecio y se encontraba cargado de deudas.

No sabía qué hacer para rehabilitarse y para obtener algunos

beneficios cuando una mañana asistía al mercado de esclavos de la Tortuga.

En realidad había pasado muchas veces por aquel lugar, pero nunca paró atención. Aquella mañana escuchó atentamente todo lo que ocurría, En una plazoleta se agrupaba la mercancía en venta, blancos y negros confundiéndose en un mismo grupo. Los negros eran traídos de África o cimarrones cazados en la selva de Haití. Los blancos habían caído en poder de los bucaneros durante algún abordaje. Otros fueron deportados por el gobierno francés. Para el de las plantaciones se prefería a los negros, ya que resistían el clima mucho mejor, pero los blancos eran más buscados a causa de su laboriosidad y de que conocían oficios.

Varias mujeres de las dos razas se encontraban asimismo en la plazoleta.

Los compradores examinaban la «mercancía» mientras el jefe del mercado contaba el precio, las excelencias y virtudes de los esclavos.

Esto trajo la luz al confuso cerebro de Bundry. En la Tortuga existía el mejor mercado de mercancías humanas, pero no era el único. En Jamaica, Guadalupe y Haití existían otros tantos. Hasta aquel momento los esclavos no fueron para los filibusteros más que un negocio menor. Vendían los prisioneros que hacían en los abordajes, pero jamás iniciaban una expedición con el único propósito de capturar esclavos. Eso quedaba para los negreros.

Bundry se alejó del mercado meditando que si atacara una isla que no estuviera defendida podría capturar muchos esclavos que le reportarían un buen beneficio.

Por tanto, comenzó por buscar un navío de mayores proporciones que el suyo. Lo consiguió gradas a su facultad para soportar las humillaciones y partió hacia la isla, de San Juan, lugar muy apropiado para estos menesteres, ya que tenía una guarnición muy reducida y se hallaba lejos de las rutas seguidas por los galeones de España. Era de suponer, asimismo, que aquel condenado Villegas no se le ocurriría visitar la isla. Sólo al pensarlo, Bundry sintió un estremecimiento. Navegaron los bucaneros hasta llegar a corta distancia de la isla de San Juan. Entonces Tom izó la bandera roja y gualda y ordenó a sus hombres que se preparasen para la lucha. Con los machetes y las pistolas se ocultaron detrás de la borda mientras los artilleros, con la mecha encendida, aguardaban el momento de abrir fuego. La nave entró en la ensenada de San Juan, sin que los cañones del fuerte hablaran, ya que la bandera roja y gualda les protegía.

El buque se acercó tranquilamente al puerto.

En el muelle varios negros y desocupados blancos aguardaban su llegada, preguntándose a qué se debería aquella, extraña visita.

En la bahía varias lanchas de pescadores saludaban a los

bucaneros con sus sombreros de palma.

Lentamente se acercaban al muelle. Faltaba ya muy poco para atracar y desde el puente, Bundry distinguía perfectamente las facciones de los pescadores y de los que le saludaban desde el muelle.

—¡¡Fuego!! —gritó.

Los cañones descargaron su férreo contenido, desparramando la metralla por el muelle y por las barcas que llenaban la ensenada.

Otras piezas colocadas convenientemente bombardeaban el presidio, que si bien se hallaba fuera del alcance de los filibusteros, los diez hombres que lo guarnecían nada podían hacer para evitar el desembarco. Bundry tomó su espada y dio unas órdenes breves a sus hombres. Estos lanzaron por la borda una red parecida a las de pescar que quedaba prendida al buque por unos garfios.

A modo de escala la emplearon los bucaneros para, desembarcar. Una horda de energúmenos semidesnudos, descalzos, con las cabezas anudadas por rojos pañolones, se descolgaron, sosteniendo los machetes entre los dientes, hasta saltar a tierra.

Lanzando gritos feroces, acometieron a los pescadores acuchillándoles sin piedad.

Los negros echaron a correr al instante, huyendo en todas direcciones, asegurando que había llegado el fin del mundo.

En el primer momento la sorpresa obligó a los españoles a retroceder. Luego, la metralla que caía desde el buque derribó a varios, que quedaron tendidos en tierra, regándola con su sangre. Algunos se retorcían y gemían, heridos de gravedad.

Las barcas recibieron la lluvia de esquirlas, que las hizo tambalear.

Cayeron muchos pescadores al agua heridos de muerte. Algunas embarcaciones velaron, perdiéndose todo lo que contenían.

Las que se encontraban ancladas en la costa recibieron de lleno las descargas, que rompían velas, mástiles y cascos.

A toda prisa se apresuraron los pescadores supervivientes a dirigirse hacia la costa. Unos en sus barcas, otros a nado.

Saltaron a tierra, reuniéndose al instante. Sus semblantes curtidos por el sol expresaban una fiera determinación. En la aldea se batían los hombres que habían venido a saquear sus hogares, los que pretendían arrebatarles sus míseras posesiones y sus mujeres.

Empuñando sus cuchillos, barras de hierro, hachas y las fisgas⁵, empleadas en la pesca.

Algunos cuyos bohíos se encontraban cerca, se dirigieron a ellos en busca de dos arcabuces con los que salían de caza.

Con los dientes apretados y las manos afirmadas sobre las anuas, se encaminaron hacia la ciudad.

Mientras, en San Juan se reñía una sangrienta batalla.

Pasado el primer momento de sorpresa y al no disparar ya los cañones, del mesón, del almacén, de las callejuelas y de los portales donde se ocultaban, salieron los furiosos ciudadanos de la población para enfrentarse con los bucaneros. Contaban tan sólo con sus cuchillos, con remos rotos o con hachas, pero se lanzaron al encuentro de los filibusteros.

Algunos pilluelos de los que pululaban por el muelle probaban su puntería cazando a pedradas a los asaltantes.

El choque fué brutal. Los machetes y las improvisadas armas contendían con ferocidad. Algunos pescadores lanzaban sus cuchillos al pecho de algún bucanero para poder apoderarse de su machete. Los disparos de las pistolas retumbaban sobre la algarabía de la lucha.

De un taller de herrero salieron, los operarios armados con las herramientas de su oficio.

Pero la superioridad de armamento de los filibusteros, obligaba a retirarse a los españoles. Se veían Tas camisas blancas de los habitantes del pueblo y los desnudos torsos de los forajidos. Los sombreros de palma y las cabelleras negras de los españoles junto a los pañuelos de colores de los bucaneros.

El muelle se encontraba sembrado de cadáveres de ambos bandos. La sangre formaba charcos oscuros y fangosos.

Animados por su éxito momentáneo, los filibusteros peleaban con cruel ardor, gozando en acuchillar a sus enemigos. Tan sólo Bundry no se encontraba satisfecho. Aquella pelea no había entrado en sus cálculos. Creyó que los campesinos y pescadores de San Juan se entregarían sin resistencia.

Y en aquel momento, una turba de locos morenos y bigotudos cargaban sobre sus hombros. Esgrimían las armas más raras que puedan imaginarse. Muchos blandían arcabuces, pero otros no poseían más que cuchillos, fisgas y barras de hierro. Muy pocos manejaban destreles.

Cayeron sobre los bucaneros, repartiendo tajos, golpes y culatazos. Los disparos de los arcabuceros se alzaban sobre los gritos. En cuanto caía muerto un luchador, fuese filibustero o español, algún habitante de la isla se abalanzaba para recoger sus armas.

Para colmo de males el castillo comenzó a disparar sobre el buque proscrito. Aquellos artilleros conocían bien su oficio. Habían cargado los cañones con balas sólidas de plomo y disparaban hacia la línea de flotación. A cada impacto se estremecía la embarcación y saltaban las astillas.

Tom palideció. Debía huir, salvarse de aquella trampa en la que él mismo había caído.

Pero sus hombres, enzarzados en una furiosa lucha con los españoles, no podían oírle.

Alonso de Guevara cabalgó desesperadamente hacia la ciudad — Pudo ver cómo el buque disparaba sus cañones y cómo se dirigía hacia el puerto, Forzando la mirada, distinguió la enseña española que ondeaba en la popa y que de súbito era reemplazada por el estandarte negro con las tibias y la calavera.

—¡Bucaneros!

Iban a intentar un desembarco. Debía impedirlo. Era necesario que expulsase a aquellos proscritos.

Vio cómo saltaban a tierra, esgrimiendo sus armas. No quedaba un instante que perder. Se mordió los labios con desesperación. Debía vencer a los bucaneros. Así quizá Margarita se fijara en él. El señor de



Los cañones descargaron su férreo contenido...

Monterrey no podría negar cosa alguna al hombre que salvó a la isla. Impulsado por una súbita idea, volteó su caballo y se alejó de la ciudad. A corta distancia se alzaba una aldea de labradores.

Al galope entró entre el grupo de bohíos que formaba el poblado.

Sacó un pistolete y disparó al aire. De las chozas y de los cobertizos salieron hombres, empuñando hoces, guadañas y arcabuces.

Otros, desde los campos, alzaban la cabeza para ver qué ocurría,

—Amigos —gritó el alférez—. Los bucaneros están asaltando San Juan. Sus habitantes luchan contra ellos y si son vencidos, nada valdrá todo vuestro esfuerzo, pues os saquearán la aldea.

—¡Peste de filibusteros! —exclamó un nervudo campesino.

—¡Vamos, señor oficial! —gritó otro—. ¡Guíenos vuesa merced!

—Tomad las armas y seguidme.

Los campesinos se apresuraron a obedecerle con toda la rapidez que les fué posible y se agruparon alrededor del alférez, esgrimiendo las primitivas armas.

Alonso blandió su tizona y gritó:

—¡Adelante!

CAPITULO V

UN NUEVO MISTERIO

Los labradores se dirigieron, a toda prisa hacia la ciudad. Algunos montados en caballos o en mulas, se adelantaron con el alférez. Los demás, guiados por un diminuto y belicoso labrador, apresuraron su marcha ansiosos de entrar en combate.

En sus semblantes morenos de campesinos tranquilos brillaba el odio a los proscritos que atacaban su pacífica aldea para robar sus escasas riquezas, odio que se traducía por el ansia de matar.

En aquellos instantes otro buque se acercaba a la playa más cerca a la bahía.

Alonso cargó al frente de sus improvisados jinetes. Con la tizona repartía tajos, abriéndose paso a través de los bucaneros. Sus voluntarios descargaban golpes con las armas y las herramientas que habían traído.

Bundry contemplaba la escena con terror.

Su nave era destrozada; sistemáticamente por los cañones que disparaban desde el fuerte. En breve no podría reembargar. Asustado por el miedo, se lanzó adelante esgrimiendo la espada.

Los jinetes revolvían sus monturas, cargando sobre los filibusteros. Los pescadores, al verse ayudados, luchaban con nuevo vigor y entusiasmo.

Las armas de fuego habían sido descargadas desde hacía tiempo y ninguno se preocupaba de cargarlas nuevamente, limitándose a emplearlas como mazas.

Como una tromba irrumpieron los campesinos en la plaza del muelle. Esgrimían sus armas con ferocidad y con furor.

Bundry veía cómo sus hombres iban cayendo bajo los golpes de los defensores de San Juan.

Aunque no tenían la costumbre de pelear, aquellos campesinos, alejados de las querellas del mundo, sentían despertarse en sus almas el instinto de pelea característico de los españoles. De pronto, Tom Bundry sintió un fuerte golpe en la espalda. Se tambaleó a efectos del culatazo, y cayó al suelo. Sacudió la cabeza para alejar la pesadez que le dominaba pero tan soto logró de este modo ver acercarse a la muerte.

El mismo campesino que le derribó alzaba nuevamente su arcabuz. Lanzó Tom un alarido, al ver descender la culata, como una maza, que le destrozó el cráneo. Acorralados, los bucaneros se defendían con la desesperación de la muerte.

Alonso cabalgaba de un extremo a otro de la plazuela, animando a los luchadores y repartiendo salvajes estocadas.

Al fin no quedó más que un grupo reducido de filibusteros. Estaban perdidos. A su alrededor no se veía más que semblantes feroces que les atacaban sin piedad. Sus compañeros yacían empapados en sangre, señalando el paso de la batalla.

Uno de los proscritos dio la señal. Arrojó al suelo su machete y alzó los brazos, gritando:

—¡Gracia! ¡Basta! Imitaron su ejemplo los demás, exclamando:

—Nos rendimos.

Alonso debió interponerse entre los defensores de la ciudad y los bucaneros, ya que los campesinos y los pescadores, después de su triunfo, querían exterminar a sus cautivos.

Encabritando su corcel logró el alférez apartar a los más furiosos.

—No es de caballeros cristianos asesinar a los cautivos —exclamó Guevara.

—Ellos no perdonan cuando abordan un buque —rugió un marinero.

—Pero nosotros somos mejores que ellos —alegó el oficial—. Los bucaneros se portan de ese modo porque son ruines y desalmados. Saben que no les asiste ni la razón ni el derecho y por tanto exageran su crueldad. Nosotros hemos vencido. Somos una colonia laboriosa y tranquila y hemos sabido derrotar a unos hombres sin patria que no conocen otra industria más que el robo y el saqueo. Ahora se encuentran en vuestras manos. No les queda ni una sola esperanza de salvarse, Podríamos matarles pero preferimos que queden prisioneros. Somos españoles.

Estas palabras causaron buen efecto entre los defensores de la ciudad. Muchos depusieron su actitud hostil, y algunos ayudaron al oficial contra los que aun pedían la sangre de los filibusteros. Cuando se hubo restablecido la calma, Guevara se volvió hacia uno de los cautivos.

—¿Para qué atacasteis la isla?

El proscrito no respondió, mirando con no disimulado terror a los hombres curtidos que le rodeaban. Alonso alzó la, espada.

—¿Hablarás? —exclamó.

Como no le obedeciese el bucanero, gritó el alférez.

—¡Contesta, o por mi honor que te abro en canal!

Convencido el filibustero que el oficial era muy capaz de hacer lo que decía, se arrodilló ante él, alzando los brazos con terror.

—¡Hablaré! ¡Hablaré!.

Alonso guardó la tizona, esperando a que el proscrito hiciese lo que decía.

—Tom Bundry, nuestro capitán —explicó el cautivo—, nos dijo

que aquí podríamos hacer fácilmente muchos cautivos, que luego venderíamos como esclavos en la Tortuga.

Una ola de indignación agitó a los españoles. Blandieron las armas con furor, pidiendo la sangre de aquellos que habían querido venderles como esclavos. De nuevo debió imponer Alonso su autoridad. Cuando hubo conseguido calmar a los exaltados, dirigió una mirada a los cautivos y profirió:

—¡Pardiez, que me cuesta cumplir con mi obligación!

En aquel instante, custodiado por varios criados negros, a los que habían armado de alabardas, se acercaron el Gobernador Monterrey y García Fernández.

Los defensores de la ciudad se descubrieron ceremoniosamente ante las dos supremas autoridades de la isla.

Guevara saludó ceremoniosamente y, echando pie a tierra, salió al encuentro del Gobernador.

—¿Qué ha ocurrido, señor alférez? —preguntó Monterrey.

Alonso refirió la batalla y todo lo que hizo para lograr refuerzos. El Gobernador le escuchaba con impaciencia. Cuando el oficial hubo concluido, preguntó:

—Y bien, ¿dónde está mi hija?

* * *

«El Antillano» navegaba a toda vela por el Caribe. Sin gran esfuerzo, gracias al viento que soplaba, se encaminaba a la isla en la que Villegas pensaba desembarcar a sus hombres, permitiéndoles que reposaran de las fatigas de una travesía tan larga.

Diego se encontraba en su camarote, estudiando un derrotero del Caribe, pues no cesaba en su idea de cazar a La Máscara.

Poco a poco, en el alma de Villegas desaparecía la herida que Isabel Arana le produjo, pero en el mar, sin otro panorama que su buque y el horizonte formado por una línea de agua, el recuerdo de la mujer a la que no había olvidado renacía con más fuerza. Por las noches, cuando una fresca brisa agitaba las frentes calenturientas de corsarios y las estrellas parecían hacer señas a los navegantes, el capitán sentía con más fuerza, el vacío de aquellos brazos suaves que ya nunca volverían a enroscarse alrededor de su cuello.

Los cantos de la tripulación hablaban de amores pasados en distintos puertos, y que esperaban el regreso de los marinos.

Ya nadie aguardaba en Santo Domingo el regreso del capitán Villegas. La casita blanca estaba cerrada y ninguna mujer perfumaba las habitaciones con su presencia. Por esta razón Villegas prefería seguir en el mar, junto a sus hombres, que, aunque en ocasiones murmurasen de sus órdenes y protestasen continuamente, estaban

dispuestos a seguirle hasta el fin del mundo.

Se abrió la puerta del camarote para dar paso a Ohando.

—Nos acercamos a la isla de San Juan.

Villegas asintió.

—Atracaremos en ese puerto y la gente podrá bajar a tierra. —Se atusó el bigote y agregó:— Será necesario reponer las provisiones.,

Ohando salió del camarote al tiempo que decía:

—Creo que nuestros hombres agradecerán este permiso.

Diego quedó nuevamente solo. Comenzó a pasear por la cámara sumiéndose en sus planes. Si lograra apresar a La Máscara sería uno de sus mayores triunfos.

Era necesario acabar con aquel pirata misterioso que infundía un miedo sobrenatural a los marineros. Deseaba ardientemente descubrir su semblante y poder comprobar la razón porque lucía siempre una careta de cuero. No ignoraba la gran cantidad de leyendas que hacían de esta costumbre. Oyó de pronto la conversación de unos corsarios que limpiaban el entrepuente:

—Aseguran que La Máscara no es un ser de este mundo —decía uno de ellos.

—Se dice que los espíritus del mar le ocultan a los ojos de los navegantes y tan sólo ataca de noche.

Se oyó la risa del tercer corsario.

—Póngale Dios ante mi espada y veremos quién tiene más fuerza.

Sonrió el capitán ante aquella muestra de valor audaz y tomó la casaca, el tahalí con la espada y el chambergo, disponiéndose a subir a cubierta para recibir como era debido a las autoridades de San Juan. Los corsarios contemplaban la isla que se alzaba en el horizonte. Lentamente se distinguieron sus perfiles con claridad, y sus playas donde se advertía la línea blanca que formaban las olas al romper sobre la arena, los montes cubiertos de palmeras y de cocoteros y algunos poblados que se alzaban en la selva.

Asimismo vieron algunas barcas de pescadores que al darse cuenta de la presencia de «El Antillano» emprendían el regreso a puerto.

Mucho extrañó este comportamiento a los corsarios que, apoyados en la borda, reían y charlaban, comentando el aspecto de la isla. A todos había ilusionado el poder tocar tierra firme.

Vieron otra lancha, cuyos tripulantes recogían las redes y no había advertido la presencia del galeón.

Fajeda, que se hallaba sentado en la borda, con las piernas colgando hacia fuera, les llamó a gritos:

—¡Eh, los de la barca!

Se volvieron los pescadores al sentirse llamados y contemplaron al galeón con ojos de espanto

«El Antillano» se veía cubierto de hombres. La mayor parte se apoyaban en la borda, con los torsos desnudos y la cabeza ceñida por rojos pañuelos, saludando con la mano a los pescadores. Otros se sentaban al estilo del escudero y algunos permanecían de pie en la borda, sujetándose con las cuerdas. No faltaban los que se habían encaramado a las jarcias, desde las que contemplaban la isla.

El aspecto rudo y aguerrido de los corsarios asustó a los pescadores, quienes, sin preocuparse de recoger el pescado, huyeron a toda prisa.

Fajeda se acarició el curtido semblante y murmuró:

—¿Tan feos somos?

El Tuerto, extrañado, se encogió de hombros.

Menergas lanzó un bufido de cólera.

—Paréceme que esta gente necesita que les den lecciones de urbanidad.

«El Antillano» entró en la ensenada. En el fondo se distinguía la ciudad de San Juan. Los corsarios prorrumpieron en vítores entusiastas, pensando en el vino y el ron que podrían comprar. De improviso un estampido retumbó en toda la bahía. Una bala cayó ante la popa del galeón alzando una columna de agua. Villegas y Ohando se miraron con asombro. Los corsarios prorrumpieron en maldiciones y Pérez de Lerma exclamó, señalando hacia un promontorio:

—¡Nos disparan desde el presidio!

Un nuevo cañonazo cayó ante el galeón. Era una señal convenida para que los buques se detuvieran.

El capitán se volvió al piloto:

—Obedece, pronto, antes de que os hundan.

Luego se volvió para examinar presidio con su catalejo. La bandera de España ondeaba en el aire. Por tanto quedaba descartada la suposición de qué los ingleses o los franceses hubieran capturado la isla.

Se detuvo el galeón. Villegas enfocó su catalejo hacia el muelle, en el que vio mucha gente armada.

Todo aquello era muy extraño.

—¿Se habrá amotinado esa gente? —exclamó Fajeda, cuya vida transcurrió en una continua serie de revueltas.

—Es posible —dijo Azogue—. Pero en ese caso nos pueden destrozar desde el presidio.

Diego asintió. Tan sólo la audacia podía salvarles. Se volvió nuevamente hacia el piloto.

—Que dispongan la lancha. Me dirigiré a tierra para investigar lo que sucede.

Un gran asombro se retrató en las facciones de Martín.

—Pero es una locura, Diego. Pueden despedazarte,

—Es el único medio de que sepamos lo que sucede —exclamó Villegas en un tono que no admitía réplica.

CAPITULO VI

¡LA MASCARA!

Ante la expectación de los corsarios se botó la lancha, que fué ocupada al instante por un grupo de remeros. Villegas y el escudero se colocaron en sus puestos, disponiéndose a partir.

El Extremeño lanzó una maldición:

—¡Por los cuernos del diablo que más les valdría a esos isleños no hacer daño alguno al capitán!

Pérez de Lerma, que se retorció el bigote con inquietud, asintió muy convencido.

—Ni el presidio ni todos los soldados del rey serían capaces de detener nuestra venganza.

Ohando dirigió al corsario su última advertencia:

—Si te atacan, dispara al aire las pistolas. El eco las repetirá y no va a quedar ni uno solo de esos canallas.

Villegas se despidió con una sonrisa y la lancha se dirigió a tierra.

Con ansiedad presenció la tripulación de «El Antillano» cómo su capitán se dirigía hacia el puerto.

En la proa de la embarcación, Diego contemplaba el muelle, que parecía acercarse a su bote.

Se acarició el mentón, preguntándose a qué podía deberse todo aquel extraño acontecimiento.

Conforme se acercaba la lancha, pudo distinguir a la multitud que en el muelle se agolpaba. Iban armados casi todos y rodeaban a un hombre vestido a la usanza de los militares.

Fajeda se acarició las pistolas.

—Parece que no les agrada mucho la visita —dijo.

Al fin la lancha llegó junto al muelle. Los hombres allí estacionados contemplaban con amenazadora expresión a los corsarios. Eran, por sus ropas, pescadores y campesinos, que se apoyaban en sus mosquetes, picas o en guadañas. Algunos empuñaban tan sólo hoces o pistolas. Formaban un conjunto extraño y rudo, pero Villegas adivinó al primer instante que eran seres duros, de un valor salvaje.

El joven que vestía al estilo de los militares adelantó hasta el muelle, con la mano izquierda apoyada en la tizona.

—Parece que no les agrada mucho la visita —dijo.

Al fin la lancha llegó junto al muelle. Los hombres allí estacionados contemplaban con amenazadora expresión a los corsarios. Eran, por sus ropas, pescadores y campesinos, que se

apoyaban en sus mosquetes, picas o en guadañas. Algunos empuñaban tan sólo hoces o pistolas. Formaban un conjunto extraño y rudo, pero Villegas adivinó al primer instante que eran seres duros, de un valor salvaje.

El joven que vestía al estilo de los militares adelantó hasta el muelle, con la mano izquierda apoyada en la tizona.

—¿Quién sois? —preguntó.

—El capitán Diego de Villegas, del galeón «El Antillano», al servicio de Su Majestad.

El desconocido pareció turbarse y entonces declaró:

—Soy el alférez Alonso de Guevara, señor.

El corsario, abarcando con una mirada de desprecio a toda la muchedumbre allí reunida, amonestó:

—¿Desde cuándo, señor alférez, se arman los súbditos leales para oponerse a las naves del rey?

Guevara se mordió los labios y agregó:

—Tenga la bondad de desembarcar vuesa merced, que le informaré de muchas cosas extrañas.

—Ordene al presidio que deje el paso franco a mi buque.

Obedeció el alférez, enviando un mensajero a caballo. Villegas ordenó a Fajeda que regresara con la lancha a «El Antillano» con la orden de que atracase en el puerto. Acompañado por Fajeda, el capitán siguió a Guevara hasta la residencia del Gobernador. Entraron en el despacho y Alonso presentó a Monterrey y a Garci Fernández.

Villegas se inclinó, saludando a los dos caballeros.

—¿Y ahora me explicarán a qué se debe tan gentil recibimiento?

El alférez tomó la palabra. Refirió con todo detalle el ataque de Tom Bundry.

—Esta es la razón por la que el presidio disparó a pesar de enarbolar vuesa merced la bandera de España —dijo Alonso—, cuando concluyó la batalla...

* * *

—¿Dónde está mi hija? —repitió Monterrey—. Alonso quedó perplejo.



...fue ocupada al instante por un grupo de remeros,

—Lo ignoro, señor. Me separé de ella en cuanto comenzó el ataque de los bucaneros.

El Gobernador ahogó una exclamación. Garci Fernández dio un paso hacia el joven.

—¿Desde cuándo los oficiales abandonan a las damas que se encuentran bajo su protección?

Los ojos de Guevara centellearon de furor.

—Desde el momento en que la defensa de una isla pesa sobre sus

hombros —respondió.

Garci Fernández iba a responder, cuando Monterrey se interpuso entre los dos.

—¡Caballeros! —exclamó—. Olviden las palabras —Es muy loable la actuación del alférez, pero ahora es necesario hallar a mi hija.

Alonso asintió:

—Creo que se habrá quedado en la loma donde nos separamos o quizá se habrá refugiado en algún bohío. No puede haber recibido daño alguno.

El Gobernador y Garci Fernández pidieron sus caballos y se lanzaron, guiados por el alférez, en busca de la joven, ordenando a uno de los negros que fuera a ver si había regresado a su casa.

Al galope se dirigieron a la loma. Desde los caballos miraron en todas direcciones y nada vieron. La llamaron a gritos, sin que les respondieran.

Garci Fernández exclamó:

—Vuelve uno de los criados del Gobernador.

Observaron todos cómo un jinete galopaba a toda prisa hacia la loma.

—Quizá se encuentra en casa —dijo Monterrey.

Guevara rezó a todos los santos del cielo para que así sucediera.

El criado se les reunió en pocos minutos.

Antes de que hablara comprendieron por su expresión que no la había encontrado.

—No está en casa.

Se miraron con desesperación los tres hombres; no sabían qué hacer.

Garci Fernández comenzó a maldecir, insultando al alférez. Guevara, echó mano a la tizona, dirigiendo a su adversario miradas de odio. El ayudante, al darse cuenta, se apartó, vivamente asustado.

De nuevo Monterrey debió interponerse entre los dos —

—¡Caballeros! ¿Habré de recordarles mi autoridad? No son esos los momentos adecuados para reñir.

—No —asintió Alonso—. Era cuando atacaban los bucaneros cuando debía demostrar el ardor y el ansia de lucha. Estoy con vos, excelencia —aseguró—, pero os pido que impidáis al señor Garci Fernández que me dirija más reproches. En caso de que sea cierto de que por mi culpa Margarita haya sufrido algún percance, bastante me castiga mi conciencia.

Monterrey apoyó una mano en el hombro del joven.

—Sé que obrasteis según vuestro leal saber y entender, por tanto, nada se os puede echar en cara —Es más, os debemos que la isla no esté en poder de los filibusteros.

—Gracias, excelencia, pero ahora debemos buscar a Margarita.

—Así es.

—Yo propongo que cada uno de nosotros la busque por un lugar distinto y que dentro de dos horas nos reunamos aquí.

El Gobernador asintió. Se le veía preocupado y cabizbajo, augurando quién sabe qué desgracias.

—¿Creéis que algo le puede haber ocurrido? —preguntó.

La expresión de sus ojos indicaba que estaba esperando que le animasen, apartando de su imaginación los terribles peligros a los que su hija podía estar expuesta.

Parecía un perro dulce y bueno que espera una caricia de su amo. Aunque Guevara estaba muy lejos de la tranquilidad, procuró transmitirla a aquel padre desgraciado.

—Por supuesto que no. Los .bucaneros no pasaron de la ciudad y los habitantes de la isla son pacíficos. —Y después, para tranquilizarse a sí mismo, añadió:— No, nada puede haberle ocurrido.

Partieron al galope, internándose en la selva. Cabalgaron sin descanso, llamando a gritos a la muchacha.

Se detuvieron en los bohíos y preguntaron por la joven, a quien todos conocían. Siempre obtuvieron la misma respuesta negativa.

Cuando se reunieron sobre la loma, el desaliento se pintaba, en sus semblantes. Entristecidos y silenciosos regresaran a San Juan.

En la ciudad les aguardaban, preocupados por la suerte de aquella muchacha a quien todos querían.

Garci Fernández no servía más que de estorbo, ya que nada sabía hacer. Monterrey se veía vencido por las dudas, pero Alonso estaba decidido a seguir buscando a la joven.

Reunió a los pescadores y campesinos, pidiéndoles que le ayudaran a buscar a Margarita.

Durante todo el día y toda la noche los grupos, armados de fanales y de antorchas, recorrieron los alrededores de San Juan. Se enviaron mensajeros a otras aldeas y plantaciones, por si la muchacha había huido hacia el interior.

Alonso marchaba al frente de un grupo que recorría una región pantanosa, donde la joven podía haberse ahogado, pero nada encontraron.

Al amanecer regresó el alférez a la ciudad. Todos los hombres que le acompañaban se sentían cansados y exhaustos. Tan sólo Alonso se mantenía igual que en el momento de comenzar la búsqueda.

Decidió volver porque sus compañeros no podían tenerse en pie y porque tenía la esperanza de que al volver a la ciudad encontraría a su amada.

Su grupo era uno de los últimos en regresar. Nada se sabía de Margarita. El Gobernador estaba preso de un profundo abatimiento. Alonso comenzaba a maldecir su suerte cuando el diminuto y belicoso

labrador entró en compañía de dos mestizos.

—Señor alférez —gritó—, estos hombres podrán darnos razón de la hija del Gobernador.

Llamaron a Monterrey, que acudió presuroso. Los mestizos dirigían a todas partes miradas recelosas. El labrador explicó que les había encontrado, en un bohío que se alzaba junto al mar, al otro, lado de la bahía.

Instaron a los mestizos a que hablasen, y el de más edad comenzó:

—Cuando se oyeron los cañonazos, nos ocultamos en el bosque. Temimos que los desalmados nos atacaran. Permanecimos mucho tiempo allí escondidos, escuchando el ruido de la pelea, hasta que vimos un buque que se acercaba a la playa. Botaron una lancha y desembarcaron varios bucaneros. Nosotros no nos atrevimos a movernos por temor a que nos descubrieran. Los filibusteros entraron en la selva, cargados con barricas y armados hasta los dientes. Pasó un gran rato. Se oían aún los cañonazos y los disparos de mosquete. Entonces vimos a los bucaneros que regresaban la lancha. Les acompañaba niña Margarita.

Monterrey prorrumpió en lamentos y maldiciones. Alonso se mordió los labios con desesperación,

Habían raptado a Margarita. Se encontraba en poder de aquellos rufianes, que la maltratarían y la venderían como esclava en Jamaica o en Tortuga.

—¿Por qué no nos avisasteis en seguida? —exclamó, deseando descargar su furor en alguien.

Los ojos del mestizo revelaron un profundo terror. Al fin dijo:

—Uno de aquellos hombres llevaba la cara cubierta por una máscara de cuero.

CAPITULO VII

PAZ EN LA TRIPULACIÓN, GUERRA EN EL MAR

Villegas le escuchaba atentamente. Alonso, hizo una pausa y agregó:

—Nada más pudimos aclarar. Aun no nos habíamos repuesto de la sorpresa cuando los pescadores anunciaron la llegada de vuestro galeón.

Diego asintió.

—Comprendo ahora, la desconfianza que demostraban. Su historia es interesante, alférez Guevara. No es frecuente que La Máscara ataque de día. Y más difícil es verla lejos de un combate. Lo natural es que se encuentre en todas las refriegas.

Se oyeron unos pasos que se acercaban al despacho y se abrió la puerta para dar paso a Martín Ohando y a Pérez de Lerma.

Villegas hizo las presentaciones. El piloto y el alférez saludaron respetuosamente a sus superiores. Juan dirigió a Guevara una mirada de simpatía, adivinando en Alonso un temperamento similar al suyo.

—Pero aun no comprendo por qué nos amenazaron con los cañones —dijo el vasco.

Villegas le refirió lo que el alférez a su vez le explicara.

—¿Qué te parece, Martín?

El piloto se acarició la robusta mandíbula —

—Creo que es un don de los dios sí es que nos enteremos de que La Máscara ronde por aquí. Debemos partir al instante. Es la primera vez que se ve a ese pirata lejos de un combate.

Diego asintió, pero Juan intervino:

—Antes será necesario reponer nuestras provisiones.

El capitán se volvió hacia el Gobernador.

—Excelencia ¿querríais ayudarnos a adquirir los artículos que nos hacen falta?

—Por descontado. Mi ayudante se encargará de hacerlo.

Ohando aparecía pensativo

—¿Qué te ocurre, Martín? —preguntó Diego.

—Encuentro muchos puntos raros en esa historia.

Alonso, a quien las injurias de Garci Fernández habían sulfurado, dio un paso atrás.

—¿Es que duda de mi palabra?

Le miraron todos con asombro y Pérez de Lerma sonrió, simpatizando con aquel desmedido orgullo.

—No, por cierto —declaró el piloto—, pero existen muchos

puntos que no suelen ocurrir tratándose de La Máscara.

—Yo también lo he pensado —dijo Villegas.

—Primero —explicó Ohando— es muy raro que La Máscara se encontrase en esta isla en el momento de un ataque y que no tomara parte en la lucha. Ciertamente que podía ir de aguada, ya que el mestizo habló de unas barricas. Y lo que es más raro aún es que se llevara cautiva a una mujer. Jamás hace prisioneros.

—¿Es que los asesina? —preguntó aterrorizado el Gobernador.

—No —replicó Ohando—. Siempre les permite ponerse a salvo. Además, no permite que molesten a las mujeres.

—Margarita es muy hermosa —dijo Alonso—. Quizá esto le convenció.

—Lo único que ahí se demuestra es que sois el único culpable de cuanto pueda haberle ocurrido —exclamó Garci Fernández.

Como picado por un áspid se revolvió Guevara. Villegas detuvo al joven con un ademán.

—¿Qué hubierais hecho vos? —preguntó.

—Bajo ningún pretexto hubiera abandonado a una dama en cuya escolta me había erigido.

—¿Permitiendo así que los bucaneros asaltaran la ciudad? Vos no sois soldado, es cierto, pero esa dama tampoco se hubiera salvado, ya que Bundry la hubiera apresado. De modo que Guevara no hizo más que cumplir con su obligación.

—Se volvió Diego hacia sus oficiales y ordenó:

—En cuando estén cargadas las provisiones nos haremos a la mar. Será inútil preguntar a los mestizos el rumbo que tomó La Máscara, pero en caso de encontrarte tú en su situación, ¿qué hubieras hecho, Martín?

Ohando quedó pensativo un instante. Luego dijo:

—Eso según. Si pretendía marchar hacia la ruta de las Antillas, no es difícil seguir su nave. Podía también pensar en dirigirse hacia alguna isla para carenar.

—Pero en ese caso no hubiera cargado mucha agua, ya que en la isla la encontraría,

—Ciertamente. Creo que lo más seguro es que sigamos la ruta de las Antillas.

Alonso, que escuchaba atentamente, se acercó al capitán,

—Llévame con vos, señor de Villegas.

Diego le miró un instante.

—Pero vos pertenecéis a la guarnición de San Juan.

—El señor Garci Fernández puede hacerse cargo del presidio. Así podrá siempre hacer lo que convenga en cada caso y nadie merecerá sus críticas.

—Tened en cuenta... —comenzó a decir el corsario.

—Señor capitán —suplicó Guevara—, no puedo ni por un instante permanecer separado de Margarita. Aunque hice todo lo posible por salvar la ciudad, me pesa como una losa el hecho de no haber sabido defenderla. Nunca viviría tranquilo, no podré descansar basta haberla rescatado de manos de ese pirata.

Villegas adivinó los motivos sentimentales que movían a Guevara y su herida no cicatrizada le impulsó a aceptarle.

El Gobernador apoyó la mano en el hombro del oficial.

—Id, Alonso, y devolvedme a mi hija.

Guevara se dirigió de nuevo al corsario,

—Admitidme, señor capitán. No importa que la plaza de alférez esté cubierta. Estoy dispuesto a enrolarme como simple soldado.

Pérez de Lerma hizo un ademán de protesta.

—Haz lo que dice, Diego, que en «El Antillano» siempre caben los hombres de honor y, pardiez, que no ha de faltar plaza para dos oficiales.

Convencido, Villegas asintió.

Dos horas después, una vez cargadas las provisiones, en la plazoleta del puerto, el pífano y el tambor llamaban a los corsarios que paseaban por la ciudad.

* * *

«El Antillano» seguía la ruta de los mercantes del Caribe.

En el galeón todos se hallaban dispuestos para el combate llevaban tres días de retraso, pero como La Máscara ignoraba que le persiguiesen, tenían alguna ocasión para alcanzarla.

Villegas colocó a varios vigías en lo alto de los mástiles para que avisaran la presencia de cualquier buque.

Las guardias habían sido dobladas y en el entrepuente descansaban siempre un retén de artilleros. Oficiales y corsarios lucían sus armas en todo momento, ya que se encontraban ansiosos de entablar combate con La Máscara. Nadie a bordo hablaba de otra cosa. Todos hacían cabalas acerca de su identidad, refiriéndose cada uno su versión acerca del misterio que envolvía al ya famoso pirata. Asimismo pronosticaban algunos la duración de la lucha hasta apresar el navío sin nombre.

La Máscara nunca había sido vencida y ningún buque al que había perseguido se había librado del abordaje, pero los españoles se sentían seguros de su victoria.

Una mañana, Villegas hizo formar la tripulación. Muchos acudieron creyendo que se avecinaba la batalla, pero por más que miraron por todos lados no pudieron ver buque alguno.

Azogue, Leyden y Matholi, alinearon a los hombres bajo el alegre

pero no por eso menos eficaz Pérez de Lerma, Cuando todos hubieron ocupado su lugar a satisfacción del alférez, fué éste a dar la novedad al capitán.

Guevara permanecía muy rígido en su puesto. Al ver salir a Diego rodeado por Ohando y el oficial, dio una seca voz y saludó con respeto, al tiempo que los hombres se cuadraban militarmente.

Villegas subió al puente y recorrió la formación con la vista.

En verdad que aquellos hombres semidesnudos y bronceados no semejaban soldados del rey, pero estaba seguro el corsario que no tenía más leales ni más bravos defensores Su Majestad Española que aquellos aventureros bravucones, altaneros y fanfarrones.

—Caballeros —comenzó a decir,— ante la eventualidad de una lucha con La Máscara existan algunas instrucciones que creo oportuno daros. No es nuestro propósito hundir o eliminar a la tripulación de ese pirata. Su nombre y su fama de invendible se ha extendido mucho, con la consiguiente humillación de las armas españolas. Es nuestro privilegio y nuestro puesto de honor demostrar que por el lugar donde pasean los soldados de España nadie puede provocarles impunemente. Por tanto, nuestra misión debe ser la de capturar a la nave pirata con todos los tripulantes que podamos salvar. Y en cuanto a La Máscara me pertenece y nadie más que yo puede enfrentarse con ese forajido. Es mi propósito conducirlo vivo hasta Santo Domingo, donde se le encarcelará y juzgará para que sirva de ejemplo y escarmiento a todos los desalmados que se atreven a desafiar a España.

Nadie tuvo nada que objetar a estas palabras, puesto que Villegas no era hombre que admitiese réplicas.

El galeón siguió su curso sin que por el momento pudieran encontrar al buque enemigo.

Los corsarios se sentían inquietos y alegres, impulsados por el ansia de entrar en fuego. Alonso de Guevara compartía con Pérez de Lerma sus obligaciones de alférez. Aunque subordinado de Juan, se había hecho querer de todos los tripulantes de «El Antillano». Desde el capitán hasta el último grumete conocían la defensa que hizo en San Juan y la causa por la que perseguía a La Máscara.

En los generosos corazones de aquellos aventureros alocados y audaces no podía surgir otro sentimiento que la simpatía por un hombre que lo abandonaba todo para lanzarse al azar en busca de la mujer amada, que un pirata había raptado.

Su carácter amable y viril le habían granjeado el aprecio de los corsarios, para quienes el mundo estaba dividido en dos castas: amigos, en cuya ayuda no vacilaban en exponer la vida, y enemigos, a quienes se debía odiar a muerte. Pero con quien más intimó Guevara fué con el antiguo estudiante. Cierta noche, mientras paseaban los dos por cubierta inspeccionando las guardias, Alonso se acodó en la borda

contemplando las estrellas, que parecían envolver la superficie oscura del mar.

—Cuando me trasladé a San Juan permanecía un tiempo apoyando en la borda preguntándome cuál sería mi destino. Jamás supuse que esto me llegaría a ocurrir —dijo, como hablando para sí mismo—. Mientras adoraba a Margarita en silencio no llegué a darme cuenta de la fuerza de mi amor. Pensar que la tiene en su poder un pirata me enloquece de desesperación, Mucho aprecio al capitán, pero vive Dios que me costará cumplir su orden de que La Máscara le pertenece a él. Desearía traspasarle, de una estocada, una y cien veces, pero no permitir nunca que muriera para torturarle como yo sufro.

—No paséis pena, que Diego dará buena cuenta de La Máscara, —Hizo Juan una pausa y preguntó:— ¿Amáis mucho a esa dama?

—Más que a mi vida y a mi honor. Es una inquietud constante que no me permite ni sosegar ni dormir. Es como si miles de espadas me agujearasen continuamente sin permitirme el reposo. —Calló un instante, diciendo después:— ¿Habéis estado enamorado alguna vez, Lerma?

El alférez respondió con presteza:

—Desde luego, varias veces.

Guevara le miró extrañado.

—¿Varias veces? No comprendo cómo se puede amar a más de una persona. Creo que este sentimiento no puede repetirse una vez muerto. Durante toda mi vida seguiré adorando a Margarita aunque nunca sea para mí. No, no podrá jamás amar a otra.

Pérez de Lerma sonrió imperceptiblemente.

—Eso creía yo la primera vez.

CAPITULO VIII

UN BUQUE EN ALTA MAR

Los días transcurrían con la misma monotonía agotadora y enervante.

Durante las veinticuatro horas del día el mismo panorama, el cielo y el mar, y el mismo trabajo, la guardia y el descanso.

Nada tenían que hacer aquellos hombres para quienes la acción era como el alimento de sus almas y que de haberse quedado en sus aldeas hubieran vivido en paz y reposo. Según sus edades habían recorrido mayor o menor parte del mundo conocido en busca de lucha y de acción.

Nuevamente se advertían los síntomas de descontento y de rebelión que tanto preocupaban a los capitanes de los navíos mercantes y que en un galeón artillado, cuya tripulación se componía de todos los camorristas del Caribe, representaba un grave peligro.

Sabía Villegas que podía dominar siempre a sus hombres, pero su corazón de soldado sentía un viril y hondo afecto por los corsarios que mandaba. Eran borrachos y pendencieros, fanfarrones y camorristas, mujeriegos y jugadores, sus embustes no tenían límite, pero en las espaldas de aventureros como aquellos se asentaba el poder de España. Tan sólo ellos la hicieron gloriosa, venciendo a sus enemigos y arriesgando sus vidas para lograr su independencia.

Diego no quería obligar a sus hombres a que soportasen padecimientos inútiles. Bastante soportaban normalmente.

Mientras el capitán paseaba por su camarote sumido en sus pensamientos, el vigía, que desde su puesto oteaba el horizonte, gritó:

—¡Buque a la vista!

Hubo una gran conmoción en la cubierta. Los centinelas suspendieron sus paseos y desde sus puestos buscaron con la vista a aquella nave que quizá fuera la perseguida.

Todos los que descansaban en cubierta se lanzaron a la borda, recorriendo el mar con la mirada. Algunos se encaramaban por las jarcias para distinguir antes a aquella nave.

Charlaban y reían los corsarios, imaginándose el combate que podía avecinarse,

Desde el puente, Martín Ohando examinaba el buque por medio de su catalejo,

La noticia se extendió muy pronto por toda la nave. Todos los que descansaban en sus literas subieron a cubierta para gozar del espectáculo. Se golpeaban las empuñaduras de las armas, asegurando

que darían buena cuenta de los piratas.

Fajeda descendió al camarote del capitán.

—Señor —dijo—, un buque a babor.

Villegas, que descansaba en su litera, se puso en pie de un brinco.

—Pardiez que es buena noticia. ¿Qué dice el piloto?

—Observando está la nave, pero aun nada ha dicho.

Diego subió a cubierta, dirigiéndose al puente.

—¿Qué hay, Martín?

El vasco le entregó el catalejo

—Parece un buque de construcción inglesa y corresponde a las descripciones que se dan de la nave de La Máscara —explicó.

Villegas tomó el antejo y examinó atentamente el buque. Ambas embarcaciones se acercaban más, de modo que el capitán pudo distinguir la nave más claramente que su piloto.

—Tenías razón —dijo al cabo de un rato— Luce la bandera de Inglaterra. Corresponde a la descripción que dan del buque de La Máscara. —Se volvió al sargento y ordenó:— ¡Zafarrancho de combate!

El pífano y el a tambor extendieron sus notas, congregando a los corsarios. En la cubierta hubo un revuelo. Corrían los aventureros de un lugar para otro, buscando sus armas y regresando para formar. Las voces de Lerma, de Guevara y del sargento se alzaban sobre el rumor de los pasos y las maldiciones de los hombres.

Los artilleros corrieron a sus puestos encendiendo las mechas y disponiendo los cañones,

Villegas se volvió al piloto,

—Iremos a acortar su ruta.

Ohando dio instrucciones al timonel y gritó unas órdenes a los marineros.

Se oyó el silbato del contramaestre y sus gritos, mientras ágilmente se encaramaban los navegantes por las cuerdas para obedecer las órdenes.

En pocos minutos, el galeón viró su rumbo, dirigiéndose a cerrar el paso del navío inglés.

Los artilleros, arrodillados junto a las piezas, soplaban la mecha, esperando la orden de fuego.

Los marineros se ajustaban los cintos con los machetes y las pistolas, obedeciendo las órdenes de Azogue.

Leyden colocaba a los arcabuceros, los cuales cargaban concienzudamente sus fusiles. Los piqueros, a las órdenes del sonriente Pérez de Lerma, formaban en el centro de la cubierta. Alonso se retorció el bigote, ante la incertidumbre de si en efecto se trataría del buque de La Máscara o de si se habrían equivocado.

El capitán se colocaba el tahalí y las pistolas, Junto a él, Fajeda se

.apoyaba en la alabarda, rodeado por los alabarderos, que debían abrir brecha en el ataque. Lentamente se distinguió el navío contrario. Era un magnífico bergantín inglés rápido y ágil. La cruz de San Jorge⁶ ondeaba en la popa. Las portañolas no se distinguían bien, pero le pareció ad capitán que no era un navío de guerra. Sin embargo, como La Máscara debía casi todos sus éxitos a la sorpresa, era muy posible que el navío no poseyera demasiados cañones, que quisiera hacerlo pasar por un mercante.

Por si acaso, Villegas mandó disponer todos sus cañones, cargados unos con balas y los de cubierta, que harían fuego sobre los de la cubierta contraria, con metralla para que barriesen a los piratas.

Cada vez era menor la distancia que separaba a ambos buques.

Diego hizo una señal con la mano y la orden se transmitió hasta el entrepuente, donde Matholi hizo el primer disparo.

El estampido rasgó el aire y la bala fué a caer ante la popa del buque enemigo.

Luego, el corsario hizo subir y bajar la gavia de trinquete. Era la señal de que se pusiera al paio el inglés. Obedeció éste, arriando su pabellón.

«El Antillano» se acercó al buque enemigo con la máxima precaución. No sería la primera vez que un navío simulaba rendirse y, en vez, disparaba por sorpresa.

Los cañones del corsario se hallaban dispuestos para abrir fuego en cuanto se advirtiese un movimiento sospechoso en el buque contrario.

Los españoles aguardaban el instante en que los dos cascos chocasen. Podía ser la señal para el combate.

Sin embargo, el inglés no opuso resistencia. Cuando los dos navíos estuvieron muy cerca, varios corsarios lanzaron los garfios y comenzaron a tirar hasta que rozaron las dos embarcaciones.

Villegas, seguido de Alonso, Pérez de Lerma y los piqueros, saltó al buque inglés. Los marineros, los artilleros y los arcabuceros permanecieron en sus puestos.

Los corsarios, sin necesidad de órdenes, se extendieron por la cubierta ocupando los puestos estratégicos. Otros descendieron al entrepuente, amenazando a los artilleros, que al parecer no tenían intención de resistirse.

Diego exclamó con voz autoritaria:

—Que venga el capitán de este buque.

Un hombre se destacó de los tripulantes. Era de mediana estatura y anchos hombros. Su cabeza., cubierta por una mata de cabello rojizo, se asentaba sobre el cuello de toro. En medio de la maraña que formaban sus cabellos y la barba brillaban dos ojos astutos y vivaces.

Vestía ropas de marino, amplia, casaca bordada, calzones de

pañó, medias y zapatos con hebilla.

Se estremeció Diego al comprobar que aquel hombre carecía de orejas.

—¿Sois el capitán? —preguntó en inglés.

El marino asintió.

—Michael Mordaunt, para serviros.

—Soy el capitán Villegas, al servicio de Su Católica Majestad el Rey de España.

El llamado Mordaunt se inclinó respetuosamente.

—Quisiera saber por qué causa nos habéis abordado. Nuestros respectivos soberanos están en paz.

Diego examinó a aquel hombre escurridizo y peligroso a la vez.

—Buscamos a un pirata al que conocen por La Máscara. Estamos decididos a registrar vuestro buque.

El inglés se encogió de hombros

—Podéis hacerlo.

El español dio unas órdenes a los alféreces que, seguidos por varios corsarios, comenzaron a registrar la nave.

El capitán se volvió de nuevo a Mordaunt.

—¿Dónde está matriculado vuestro navío?

—En Port Royal, Jamaica. Se llama «White Hope»⁷.

—Bajaremos a vuestro camarote y me mostraréis vuestros documentos.

El inglés guió a Villegas hasta el alcázar de popa.

Entraron en una cámara sucia y mal amueblada. Las ropas del lecho se veían aún en completo desorden.

Una espada, colgaba de la pared. La mirada de águila del español observó que era lo único pulido y cuidado de aquella nave, lo que indicaba que el marino era un hábil luchador.

Mordaunt abrió una caja y sacó sus documentos. Villegas los examinó con cuidado. Se trataba del título de posesión de la nave, de la licencia de capitán y de otros requisitos. Por aquel lado no cabía duda. Por otra parte el inglés no compaginaba con las descripciones de La Máscara. El pirata era esbelto y ágil, mientras que Mordaunt era rechoncho y robusto. El misterioso bandido del mar poseía una voz chillona mientras que la del inglés era aguardentosa.

Regresó Villegas a cubierta. Aunque todo el «White Hope» estaba en orden, su instinto le decía que aquella nave no era un mercante normal. Al poco rato regresó Guevara.

—Nada sospechoso hemos encontrado —declaró.

Los pasos recios, acompañados del tintineo de las espuelas, indicaron que Pérez de Lerma regresaba.

—Me parece que nos hemos equivocado de buque —dijo.

Parecía esto muy claro; sin embargo, Diego se sentía intrigado.

Nuevamente interpelló al inglés:

—¿De dónde vienen?

—De África, capitán.

El español torció el gesto. Algunos puntos del continente negro pertenecían a su rey y, por tanto, todo el que comerciase sin su permiso debía ser castigado.

—¿De qué parte?

—Del río Senegal.

Una sospecha cruzó por la mente del corsario. Casi todos los buques que se dirigían a África traficaban con «ébanos» o «mirlos», como llamaban a los esclavos.

—¿Qué mercancía? —, preguntó.

Mordaunt se volvió, ordenando a algunos marineros que abriesen la bodega. Obedecieron éstos al punto y el inglés invitó a Villegas a que se acercase.

Hízolo el corsario y pudo ver a varios centenares de negros, unidos por gruesas cadenas, que se apretujaban en el fondo del buque.

Desnudos por completo, cubiertos de miseria y de enfermedades, hombres, viejos y niños permanecían allí encadenados.

Desde la altura que los contemplaba el capitán no semejaban seres humanos. Al principio permanecían inmóviles como cadáveres. Luego, al ser heridos por la luz del sol, comenzaron a agitarse igual que un sin fin de gusanos gigantes. Miraban hacia arriba y procuraban alzar las manos, que las cadenas sujetaban.

Mordaunt dio unas órdenes a su contramaestre. El inglés se acercó a la bodega y, enarbolando un látigo, comenzó a azotar a aquellos infelices.

Se retorcían bajo la correa trenzada que caía sobre sus pieles, hiriéndose en las muñecas. Sus lamentos se alzaban, como los gemidos de un perro hambriento a quien azotan unos vagabundos.

Diego sujetó la mano del contramaestre y le arrancó el látigo de un tirón.

Mordaunt dio un paso al frente.

—Yo soy el capitán de la nave.

El español, a quien enfurecía aquella crueldad, se volvió hacia el marino.

—Mientras yo esté a bordo —dijo con firmeza— nadie más mandará.

Luego dirigió una postrer mirada a aquellos infelices, a quienes habían arrancado de sus selvas, donde vivían libres, para venderlos a unos amos que les obligarían a trabajar hasta que cayeran muertos.

El tráfico de esclavos era legal en aquella época, y Villegas nada podía hacer para impedirlo.

CAPITULO IX

TRES DÍAS

La isla de Vicente Gálvez se alzaba entre las aguas.

No era muy extensa. Tan sólo contenía una aldea de pescadores, «Nombre de Dios», y algunas plantaciones.

Los corsarios se agolpaban en la borda contemplando con nostalgia los árboles y los matorrales que coronaban las colinas. No era probable que les permitiesen saltar a tierra, aunque el Señor sabía muy bien que lo necesitaban mucho.

Desde que abandonaron San Juan no habían hecho otra cosa más que navegar buscando inútil mente a La Máscara

La monotonía del buque se hacia cada vez más insoportable —Los hombres se sentía, ya incapaces de contener sus nervios, siempre a punto de estallar. Al convencerse de que el «White Hope» no era el buque pirata, se sintieron tan desanimados que se hubiera dicho que era una dotación compuesta por hombres de tierra adentro que no gustaban, del mar.

Jamás aquellos aventureros desentrañados habían conocido tanta paz y se encontraban desencantados. Sentían la nostalgia de los puertos, donde siempre eran bien recibidos y donde podían descansar de las fatigas del viaje.

Añoraban el ron que podrían beber basta emborracharse, los brazos torneados de las mujeres que les abrazarían y los alguaciles, y corchetes que zurraban diariamente.

Sí, en efecto, merecían que les permitieran bajar a tierra, aunque fuera una ciudad de tan reducidas proporciones como «Nombre de Dios», pero ninguno se atrevía a pedirlo ya que recordaban que en la última ocasión que lo hicieron su capitán amenazó con expulsarlos de la nave, y los aventureros querían entrañablemente a don Diego de Villegas con un cariño rudo y viril, nacido en las victorias a las que les había guiado. Se sentían orgullosos del corsario y consideraban como cosa propia los agasajos que recibía.

En el camarote de Villegas, se habían reunido los oficiales de «El Antillano», para discutir ciertos asuntos con el jefe de la nave. Ohando decía:

—Juzgo prudente dar un descanso a nuestros muchachos, que han soportado con gran estoicismo tantas pruebas como se han visto sometidos. Desde el último correctivo que Diego impuso a los tres alabarderos nadie ha protestado. Merecen un descanso de tres días, que en nada dañará a nuestros hombres y que por el contrario hará

que se sientan agradecidos —

—Por otra parte —intervino Pérez de Lerma—, hemos perdido nuevamente a La Máscara, que se ha ocultado nuevamente en el mar sin que haya sido posible descubrirla.

Alonso iba a protestar, rogando al capitán que continuaran la navegación, ya que él no vivía ni dormía, mientras Margarita se encontrase en poder de aquel pirata, pero recordó que un soldado nunca debe anteponer sus sentimientos al interés de la empresa. Diego asintió.

—Vaya por los tres días de descanso.

El entusiasmo de la tripulación ante esta nueva fué indescriptible. Agitaban los sombreros en el aire y lanzaban vítores a su capitán.

Lentamente el galeón entró en el puerto.

«Nombre de Dios» era una aldea de muy poca importancia. A lo sumo existían diez casas de piedra, las demás eran, sólo bohíos. Una muchedumbre de curiosos se agolpaban al muelle para ver llegar al buque.

Se trataba de pescadores y de campesinos que vivían su vida apacible y tranquila en aquella isla calmosa y monótona.

Villegas y los oficiales se pusieron las casacas y los chambergos para descender a tierra.

La multitud agolpada en el muelle y los corsarios se saludaron con alegría aunque jamás se habían visto.

Fajeda y Menergas les gritaban inconveniencias a unas mulatas que mostraban sus blancos dientes sonriendo divertidas.

Un pomposo personaje, al que seguía un negro sosteniendo un parasol, se acercó al muelle, entre las reverencias de la multitud. Sin duda se trataba, del Gobernador de la colonia.

Atracó el galeón y Villegas descendió lentamente por la plancha que sus hombres habían tendido.

El pomposo hombrecillo salió a su encuentro.

—Caballero, soy don Genaro Pentecosti, Gobernador de la Isla de Vicente Gálvez. ¿Con quién tengo el gusto, de hablar?

—Capitán don Diego de Villegas, del galeón «El Antillano», de la flota del Caribe.

—¿Cómo? —exclamó aquel hombre—. ¿Qué decís? ¡El capitán Villegas! ¿El que venció a Lope Alvarez?

Se inclinó el corsario para indicar que, en efecto, se trataba de su persona.

—Me siento muy honrado de ofreceros mi hospitalidad —aseguró Pentecosti—. ¿A qué se debe vuestra visita?

—Únicamente al deseo de dar tres días de descanso a mis hombres —respondió el soldado—. Creo que lo merecen, pues llevamos muchos días en alta mar sin tocar puerto.

Don Genaro hizo un amplio ademán, que abarcaba a toda la isla.

—La colonia está a vuestra disposición, caballero. No se dirá nunca que en la isla de Vicente Gálvez se desatiende a los soldados de España. Seréis nuestros huéspedes —hizo una pausa el Gobernador y volviéndose a los curiosos reunidos en el muelle les informó—: Amigos, los bravos corsarios del capitán Villegas nos hacen el honor de visitarnos. Mucho debemos a estos hombres para que no les agasajemos. Por tanto, festejadlos como lo que son, los más leales defensores de nuestro pabellón en el Caribe. La multitud prorrumpió en vivas mientras los aventureros sonreían del giro inesperado que tomaba aquel descanso.

Iban a regalarse en una isla en donde todos apreciaban como un honor el hecho de que aceptaran los agasajos.

—En cuanto a vos y a vuestros oficiales —informó Pentecosti al capitán—, me haréis el honor de aceptar la invitación de mi casa.

—Temo causar molestias —objetó Diego.

—En modo alguno, caballero. Consideraré como un favor especial el teneros como mis huéspedes.

—Os lo agradezco mucho, excelencia —dijo el capitán.

Antes de desembarcar, el pífano convocó a los, corsarios. Formaron en cubierta, bajo la rígida inspección de Leyden, Matholi y Azogue.

Soldados, artilleros y marineros se cuadraron muy rígidos en cubierta. Pérez de Lerma les revise con el ceño fruncido y les dedicó unas palabras de aviso —

—Sabéis todos que mi carácter es dulce y apacible y que no me agradan las violencias, pero yo os juro por mi nombre que si alguno de vosotros desprestigia con su actuación a nuestro buque voy a despellejarlo vivo.

Villegas apareció en el puente. Su mirada de águila recorrió los semblantes bronceados y feroces que se alineaban sobre la cubierta.



La multitud agolpada en el muelle y los corsarios se saludaron con alegría.

—Caballeros —comienzo a decir.— Los leales españoles que habitan en esta acogedora isla nos han hecho la merced de recibirnos y agasajarnos como a hermanos, con mucha más altura de lo que merecen nuestros méritos. No podemos menos que responder a esta gentileza haciendo gala de nuestra hidalguía y nuestra buena crianza. Así que espero que evitaréis que se repitan aquí las escenas que tanto han dado que hablar en otros sitios, Me refiero a que no persigáis

mujeres no os emborrachéis ni desafiéis a los pacíficos ciudadanos. Y al decir esto me dirijo especialmente a lo señores alabarderos, en quienes parece ya constituir un hábito.

Los aludidos estuvieron a punto de reventar de orgullo. En una nave de valentones y camorristas, se destacaban por su belicosidad y su orgullo. Constituía por sí sólo un timbre de gloria.

Pero no hubo ni un solo corsario que pensara quebrantar estas órdenes. Descendieron los hombres a tierra. Todos se habían vestido su mejores galas, esmerándose en perder su aspecto patibulario pero orgullosos de que a simple vista se adivinara su condición de corsarios. Muchos pescadores y campesinos les aguardaban en tierra, confraternizando al instante. Se alejaron del puerto riendo y bromeando. Los centinelas se quedaron a bordo y les vieron marchar con cierta nostalgia. Hasta el día siguiente no podrían ellos hacer lo mismo.

Un criado negro subió al buque y preguntó por el capitán. Hizo a Diego una profunda reverencia, indicándole que servía al Gobernador y que aguardaba con unos caballos, para trasladarle a la plantación del señor de Pentecosti.

Saltaron sobre la silla los oficiales y partieron hacia la residencia del Gobernador.

Se alejaron de «Nombre de Dios», cabalgando por un camino que bordeaba los acantilados que daban al mar.

Villegas y Pérez de Lerma manejaban a el caballo con increíble soltura, pero no así Ohando, quien siendo un nombra de mar, tan solo se encontraba a gusto en el puente de su nave.

Alonso de Guevara y Fajeda, que como siempre acompañaba a su amo, habían practicado suficiente equitación para no sentirse extraños sobre la silla.

Los jóvenes, satisfechos por el cambio, cabalgaban alegremente, riendo y bromeando.

Martín y Pérez de Lerma se zaherían coto fraternal rivalidad. Fajeda intervenía en la conversación como si se tratara de un oficial más. Incluso el apesadumbrado Alonso se contagió del alborozo de sus compañeros y acabó por sonreír.

En cuanto a Villegas, el cambio de ambiente, que representaba haber salido del buque, donde se encontraba encerrado con sus pensamientos, le hacía sentir un nuevo vigor en sus venas. Era como si todo hubiera sido un sueño. Isabel Arana comenzaba a borrarse de su corazón, convirtiéndose en un recuerdo.

Al encontrarse a caballo, con unos alegres camaradas le hacia volver a la época en que era alférez en Italia. ¡Qué feliz y qué despreocupado era entonces!

Inconscientemente, se unió a la charla de sus amigos, olvidando

las heridas que atormentaban su corazón.

Divisaron por fin la plantación del señor de Pentecosti. Se trataba de varios campos donde los negros cultivaban caña de azúcar y tabaco. Los bohíos y los barracones donde vivían los esclavos se hallaban diseminados por los márgenes de los cultivos.

Algunas casas de adobe indicaban las viviendas de los capataces y empleados blancos.

La residencia del Gobernador la constituía un edificio de una sola planta, vasto y rodeado por una muralla que llegaba hasta la cintura de un hombre.

Se alzaba en el acantilado, junto a una rampa que conducía a la playa sembrada de rocas, donde las olas rompían con furia.

Las paredes blanquísimas y los techos rojos resaltaban contra el cielo azul.

Cuando llegaron a la casa, un mayordomo les guió al interior del edificio mientras el criado conducía las cabalgaduras a la cuadra.

CAPITULO X

FAJEDA ESTUDIA LAS ESTRELLAS

Pentecosti salió al encuentro de los corsarios, quienes entregaron sus espadas y chambergos a un criado.

—Pasad, caballeros —dijo don Genaro—. Considerad como vuestra mi humilde mansión.

Los oficiales entraron en un amplio patio interior de sudo encarnado, donde crecían flores y un surtidor contribuía a refrescar el aire.

Las paredes del jardín eran blancas como toda la casa. En un extremo, según la moda de las Antillas, dos papagayos se columpiaban en sus jaulas, molestando con sus voces crispadas.

Varios caballeros y damas, vestidos de punta en blanco, charlaban en el jardín. Unos criados negros servían refrescos a los invitados.

Pentecosti fué presentando a los corsarios, que, algo sorprendidos, saludaron inclinándose según la moda española, sin exagerar la reverencia, de modo que no quedara afectada ni servil, pero con elegancia para que no resultara envarada.

El Gobernador informó a los corsarios:

—Me he tomado la libertad de invitar a algunos amigos de las plantaciones cercanas, para poder agasajarles como se merecen.

Villegas se inclinó.

—Mucho se lo agradecemos, excelencia. Ya que hace muchos meses que navegamos y casi hemos olvidado el trato humano.

Pérez de Lama, que examinaba atentamente a las mujeres allí reunidas, se apresuró a decir:

—Señor Gobernador, como los anfitriones de la Grecia heroica habéis adivinado nuestros más íntimos deseos y haréis que recordemos vuestro hogar como el perfecto recibimiento que desean los hidalgos de fortuna.

A los pocos minutos se habían distribuido por el patio, según sus aficiones.

Pérez de Lerma, rodeado por un auditorio de muchachas jóvenes, charlaba sin descanso, refiriendo anécdotas de su vida, lances graciosos, patrañas que acababa de inventar y recitaba versos, que con el mayor descaro aseguraba que eran suyos.

Su auditorio reía, mostrando una profusión de dientes blancos, encerrados en círculos rojos. Villegas, menos afortunado, no pudo apartarse del Gobernador, que en colaboración de otros plantadores le acosaban a preguntas acerca del poderío de los bucaneros. Por fortuna

se encontraban presentes algunas damas, que se mostraban muy interesadas, admirándose de la habilidad del capitán, cosa que estaba muy lejos de disgustar a Diego.

Ohando se reunió con algunos antiguos soldados y marineros, con los que charlaba alegremente mientras bebía grandes tragos de ron y vino de España.

Fajeda acosaba a las sirvientas en la cocina y por los pasillos, intentando abrazarlas. Ellas reían y se defendían, con muy poco entusiasmo.

Tan sólo Alonso de Guevara permanecía solo y apartado del bullicio general. Toda su animación había desaparecido.

Se sentía triste y abatido. Aunque nada había hecho, le parecía que era desleal con Margarita, pues mientras ella sufría en manos de un pirata, asistía él a una fiesta.

Quizá en aquéllos instantes la torturaban o podía muy bien ser que no energúmeno feroz la golpease con un látigo.

Se estremeció de horror, imaginándose a aquella muchacha sonriente, llorosa y desesperada, retorciéndose de dolor, ante la burlona indiferencia de unos energúmenos. Pérez de Lerma le observó con atención. Suponía lo que aquel hombre estaba sufriendo y quiso ayudarle. Se excusó ante las muchachas y se acercó al alférez.

—¿Qué os ocurre, Guevara?

Alonso procuró disimular su tristeza.

—Nada me sucede. Tan sólo...

Juan, le miraba con atención. No ignoraba lo que aquel hombre debía estar sufriendo. Apoyó la mano en el brazo de Guevara y dijo:

—¿Es que no confiáis en mi amistad? Sé muy bien lo que estáis pensando. Pero acompañadme. Por mucho que os preocupéis no vais a salvar a esa muchacha. Conservad vuestro ánimo y vuestro buen humor, ya que sin ello, no lograréis jamás luchar. Y no dudo que vuestro deseo es atravesar a La Máscara de una buena estocada.

Arrastró el joven a Alonso al lugar donde charlaba con las muchachas y reanudó la conversación, de modo que Guevara olvidase momentáneamente sus penas.

Al poco rato anunció el mayordomo la cena y los comensales se dirigieron hacia el comedor. Como propio de un hombre que residía en un mundo aventurero, donde las luchas resultaban los acontecimientos más frecuentes. Pentecosti, cuya isla era uno de los rincones más tranquilos de la tierra, se consolaba adornando las paredes con una gran profusión de arcabuces. Mosquetes, espadas, dagas y pistolas de todos los tipos.

El comedor era una amplia sala con una mesa larga y ancha a la que se sentaron los invitados.

Una procesión de sirvientes invadieron la habitación, llenando la

mesa de fuentes, con cabezas de jabalíes y faisanes trufados. Asimismo se veían grandes fruteros llenos de piñas y de plátanos.

Las botellas de vino y licores corrían incesantemente de un lugar para otro. La más sana alegría reinaba en el local.

Todos charlaban animadamente. Pérez de Lerma mantenía pendientes de sus labios a las muchachas que se encontraban cerca de él.

De improviso se oyeron pasos rápidos y fuertes. Gritaron los camareros y varias bandejas volaron por el aire. Se volvieron dos invitados a la puerca para ver a Fajeda que entraba como una exhalación en ti comedor.

—¡Señor capitán! ¡Señor capitán! —gritó alegremente—. Los piratas están desembarcando en la isla.

Pegaron un bote los comensales. Los corsarios buscaron las espadas. Villegas se puso en pie al instante.

—¿Cómo lo sabes?

—Bajé a la playa...

—¿A la playa? ¿Para qué?

Pedro se ruborizó.

—Una de las camareras deseaba conocer la situación de la estrella polar. Cruzábamos la verja para tomar el camino de la playa, cuando oí un ruido de remos y de maderas que rozaban las rocas. Forcé la vista y pude ver unas lanchas que se acercaban a tierra. Asimismo, oí unas conversaciones en voz baja. No podían ser otra cosa que proscritos.

Diego se volvió con presteza al Gobernador.

—Debemos defendernos. ¿Poseéis una buena provisión: de mosquetes?

Pentecosti dio un puñetazo sobre la mesa,

—¡Vive Dios, que he esperado muchos años para enfrentarme con los bucaneros! Señores —dijo volviéndose a los invitados que le rodeaban—, hagamos a esa gente un recibimiento como es debido.

Nadie pensó en rechazar esta invitación. Se pusieron todos en pie, al tiempo que don Genaro guiaba a las mujeres a una sala separada de las demás.

Mientras, los hombres tomaban sus espadas y las armas de fuego que les repartía el mayordomo.

Varios negros fueron enviados a las viviendas de los capataces para que éstos acudieran a luchar contra los piratas.

Al mando de Pérez de Lerma y de Guevara, los invitados a la cena salieron a la parte trasera de la casa, parapetándose tras al tapia, con los arcabuces encarados hacia la playa.

Villegas ordenaba la colocación de los barriles de pólvora y de las cajas de municiones. Luego se volvió hacia el piloto.

—Martín —dijo—, debes marchar a «Nombre de Dios».

Ohando hizo un ofendido ademán de protesta.

—Es necesario —insistió Diegos—. Tan sólo tú puedes conducir hasta aquí a «El Antillano» y colocar a los piratas entre dos fuegos. Además —añadió con entonación amistosa—, es una orden.

—Yo nunca he huido —se dolía el vasco.

—No creas que será tan sencillo —dijo el capitán—. Es muy posible que los piratas hayan cortado la carretera.

Martín asintió, no muy convencido, y se dirigió a las cuadra» para escoger el mejor caballo. Al poco rato partió al galope hacia la ciudad.

Los defensores de la hacienda permanecían atrincherados, aguardando el momento de iniciar el combate.

Pérez de Lerma, apoyado negligentemente en la muralla, les indicaba por señas que no se impacientasen.

El más nervioso e inquieto de todos era Alonso. Quizá, se decía, iba a morir allí. No era la idea de la muerte lo que le asustaba. Era pensar que nunca más iba a ver a Margarita. Si supiese que la joven había muerto, sería él mismo quien buscaría a la Parca en los combates para reunirse pronto con su amada. Pero no quería morir sin enfrentarse con La Máscara.

Villegas se reunió con sus hombres, disponiéndose a luchar.

Mientras, en la playa se percibían más lanchas que atracaban en la arena. De las embarcaciones comenzaron a saltar siluetas que enarbolaban picas y espadas. Silenciosamente se extendieron por la playa. Villegas oteaba el mar buscando el buque enemigo.

Pérez de Lerma daba sus órdenes en voz baja:

—Que cada uno elija un buen blanco y que nadie dispare basta que lo baga el capitán.

Los criados se agazapaban en el suelo disponiéndose a cambiar por fusiles cargados los arcabuces que les entregaran los invitados.

Los piratas avanzaban desplegados por la playa. Habían desembarcado ya todos los botes y, guiados por una figura esbelta y ágil, avanzaban hacia la vivienda del Gobernador.

Se oían sus pasos en la arena, que crujía bajo la suela de sus botas o bajo sus pies descalzos. Algunas órdenes dadas en voz baja llegaron hasta los oídos de Villegas, veladas por el tenue murmullo de las olas al romper en la playa.

—¿Están todos dispuestos? —preguntó Villegas quedamente.

Asintieron los invitados y el capitán les advirtió nuevamente:

—Recuerden que debemos resistir aquí hasta que llegue el galeón. Luego alzó el arcabuz y apuntó a un pirata cuya barbuda silueta se destacaba sobre un peñasco. El estampido se alzó sobre el batir del mar sobre la playa. El pirata dio una trágica pirueta y cayó al suelo.

Una prolongada descarga de fusilería rompió la quietud de la

noche, mientras llovían balazos sobre los proscritos.

Estos, sorprendidos por un recibimiento que no esperaban, quedaron inmóviles en la playa.

Debido a la obscuridad, muchas balas pasaron silbando por encima de los piratas, pero otras muchas dieron en el blanco y se vio a una gran infinidad de forajidos que caían, retorciéndose en la arena.

Rápidamente, los criados entregaron arcabuces cargados a los defensores de la plantación. La voz de Villegas se alzó autoritaria sobre el griterío de los asaltantes:

—¡Fuego graneado!

Las rosas escarlatas de los disparos se encendían en la obscuridad de la noche. Como una tormenta de muerte, retumbaban los estampidos de los fusiles.

Expuestos al fuego de los defensores de la plantación, los piratas caían en la playa. Se oían sus gritos de muerte y sus maldiciones.

De pronto, se agruparon a una voz de mando. Alguien gritó algo, que los españoles no pudieron entender.

Un aullido feroz se alzó en la playa. Esgrimiendo sus armas, los proscritos cargaron contra la plantación.

La arena entorpecía sus pasos y los forajidos del mar se bamboleaban ridículamente al hundirse sus pies en la playa.

Desde su trinchera, los españoles les cazaban con serenidad y sangre fría. Sus disparos eran calculados con la misma tranquilidad que en una partida de caza.

Los cadáveres iban señalando el paso de los piratas.

Los sirvientes no daban abasto, cambiando arcabuces cargados por los vacíos.

Por fin, los forajidos llegaron a la rampa que conducía hacia la plantación. Con la cabeza inclinada, cargaron con, la misma furia que toros bravos.

El tronar de los fusiles españoles se mezclaba con los aullidos de los piratas y con el rumor del mar. La noche impedía afinar la puntería, de modo que los proscritos continuaron su carga; logrando llegar a las cercanías de la plantación.

Villegas arrojó al suelo el arcabuz y, desenvainando la tizona, gritó:

—¡Señores, entablemos conversación con los piratas!

CAPITULO XI

COMBATE EN LA PLAYA

Cargaran ferozmente los proscritos contra la muralla, esgrimiendo las picas y los machetes.

Se abalanzaron sobre el muro de piedra, pretendiendo asaltarlo, pero la improvisada trinchera se erizó de arcabuces y de espadas.

En un feroz cuerpo a cuerpo, se enzarzaron españoles y forajidos, atacándose con saña.

Los fusiles eran empleados en forma de mazas, aferrándolos por el cañón y golpeando con la culata.

La lucha feroz y sangrienta comenzó por la posesión de la muralla.

Villegas esgrimía su tizona desviando aceros enemigos y hundiéndola en los cuerpos de los piratas que se acercaban demasiado a su espada invencible.

Sonreía el capitán, con la alegría bárbara de enfrentarse con la muerte. Repartía tajos y estocadas, sin descanso, al tiempo que animaba a sus hombres.

Ni por un instante decaía el ánimo de los españoles. A pesar de que eran inferiores en número a los asaltantes y que los arcabuces no eran tan adecuados como las picas para la lucha cuerpo a cuerpo, su furia formaba una muralla mucho más fuerte que las armas enemigas. Sus ardientes corazones suplían estas faltas.

Las maldiciones y los lamentos de los heridos formaban una horrorosa algarabía, que se alzaba por encima del fragor del combate.

Pérez de Lerma manejaba su acero con la ferocidad que se escondía bajo su aspecto atildado y sonriente. Saltaba de un lugar para otro, riendo a grandes carcajadas cada vez que sentía que su espada se hundía en la carne de su rival.

Un pirata logró saltar en el interior de la muralla. Alzó su machete sobre la cabeza del alférez. Este, vuelto de espaldas, no le veía. De un instante a otro caería el machete, rompiendo el cráneo del oficial.

Un invitado a la fiesta lanzó el arcabuz como una lanza. La culata fué a golpear brutalmente la espina dorsal del forajido, quien cayó con la espalda rota.

La lucha se mantenía en el mismo grado de ferocidad.

Los piratas no lograban asaltar la muralla, ni los españoles expulsarles definitivamente.

Alonso de Guevara era quizá el que con más saña combatía. Su

acero despedía destellos al ser herido por las luces de la vivienda. A cada agresor que caía pensaba que aquel ya no podía raptar muchachas.

Pero en aquel cuerpo a cuerpo, los españoles también tenían bajas, puesto que cada defensor de la plantación debía luchar contra varias picas y varias espadas.

Para Fajeda el desembarco constituía el final apropiado para una fiesta. Comió y bebió bien, enamoró a las camareras y en aquel momento se batía con unos hombres cuya identidad desconocía, pero que al parecer se consideraban enemigos suyos y como para el catalán todos aquellos que no reverenciaban la bandera de España eran adversarios personales, todos estaban de acuerdo.

La espada de soldado del escudero describía molinetes, abatiendo piratas que pretendían saltar el muro. En la obscuridad brillaban sus blancos dientes.

Pero el número venció a los defensores de la muralla. Los piratas lograron abrir brecha en uno de los extremos de la improvisada trinchera y saltaron al interior del recinto, lanzando feroces alaridos de triunfo.

Los españoles comenzaron a retroceder al verse atacados de frente y por el flanco.

Sin la protección de la muralla, se batían con la desesperación de la muerte.

La voz del capitán; se alzó sobre el fragor de la lucha:

—¡No os dejéis envolver!

Para dar el ejemplo se lanzó con la espada en alto contra los piratas que habían saltado al interior del blocao. Fajeda le siguió.

Ante el empuje de aquellos dos hombres se detuvo el avance de los forajidos. Sus dos espadas parecían haberse convertido en cien. Saltaban de un lugar para otro, atravesando los pechos y destrozando los rostros del enemigo.

Sorprendidos por aquellos aceros que no les dejaban ni un instante de reposo, retrocedieron los piratas hasta chocar con la tapia. Los que deseaban saltar a su vez, se vieron imposibilitados a causa de sus propios compañeros.

Alonso de Guevara y Pentecosti acudieron con presteza para ayudar los dos españoles que habían logrado detener el ataque pirata. El alférez arremetía con furor contra los proscritos, descargando golpes con incansable furia. El pomposo don Genaro estaba irreconocible. Se batía con el mismo denuedo y el mismo valor que un segundón de Castilla. Sus ojos relucían de gozo, cada vez que un enemigo caía bajo su espada.

De pronto Fajeda advirtió que un pirata apuntaba a su capitán con una pistola. No podía el catalán llegar hasta él y su jefe, el

hombre que más admiraba en el mundo, iba a morir.

Pedro desenvainó el puñal berberisco. Lo balanceó un instante en el aire y lo lanzó contra el forajido. El arma se hundió en la garganta del proscrito, cuyo disparo se perdió en el aire. Pero los piratas cargaban de nuevo con toda la furia que aquel obstáculo humano había despertado en ellos. Lentamente, los españoles retrocedieron, sin dejar de luchar. A la luz de la vivienda se distinguían las facciones crueles de los proscritos, que esgrimían sus picas y sus machetes.

La resistencia de los defensores tendría un límite. Caerían uno a uno hasta que llegaran refuerzos.

Villegas se preguntaba si lograrían entretenerles hasta que «El Antillano» arribara ante aquella playa. Con los capataces de Pentecosti no había que contar. Con toda seguridad habían huido al saber el ataque pirata ¡Peste de gente pacífica! Eran capaces de abandonar a su propio padre para salvar la piel.

De pronto, se oyó un griterío ensordecedor. Como un río desbordado, un tropel de campesinos y de cazadores, vestidos con blancas camisas y sombreros de palma, entraron en la hacienda, esgrimiendo fusiles, espadas y horcas y cargaron sobre los piratas. Algunos atacaban por la parte exterior de la vivienda.

Animados los defensores de la plantación, arremetieron contra los asaltantes con nuevo brío y nueva furia.

Los proscritos, desconcertados por este ataque, se replegaron hacia la playa. Comenzaron a seguirles los españoles, pero Villegas, ayudado por sus oficiales y por el Gobernador, se interpuso en su camino.

—¡Regresad! —ordenó—. ¡Volved, a la hacienda!

Rápidamente los oficiales colocaron a sus hombres de modo que lograron formar una firme barrera ante los piratas.

Por dos veces cargaron los forajidos, aullando como demonios y esgrimiendo sus armas. Corrieron por la playa sembrada de cadáveres, bamboleándose ridículamente.

La lentitud en la marcha que imponía la arena, colocó a los piratas bajo el fuego de los españoles, haciendo que clarearan sus filas.

Era tan imponente su actitud, que nadie osó desobedecer la orden.



*...en un feroz cuerpo a cuerpo
se enzarzaron los españoles y los forajidos...*

Luego ascendieron por la rampa, hasta llegar a la muralla, donde chocaron las armas y corrió nuevamente la sangre.

Pero las dos veces los proscritos debieron retirarse y regresar a la playa perseguidos por el fuego de los defensores.

Después del segundo ataque se vio a los piratas parapetarse tras las peñas o los montículos de arena, desde donde comenzaron a disparar con sus arcabuces y sus pistolas.

Parecía como si no desearan continuar la lucha. Un bote partió de la playa internándose en el mar.

Villegas se rascó la barbilla con asombro. ¿Es que comenzarían el reembarque?

Continuó el fogeo durante un rato hasta que, inesperadamente, un cañonazo rasgó la obscuridad de la noche. El resplandor iluminó un buque anclado a cierta distancia de la costa y el estampido repercutió en los ecos de la isla.

La bala fué a caer sobre la vivienda del Gobernador, destrozando una ventana.

Villegas ahogó una maldición.

—¡Apagad las luces! —ordenó.— Que saquen dos fanales al patio. Rápidamente obedecieron los sirvientes del Gobernador.

Dos faroles fueron sacados al patio, colocándose junto a la muralla de modo que iluminasen a los defensores de la plantación, pero que su luz no les delatara ante los piratas.

Un nuevo cañonazo rasgó el aire cálido y la bala destrozó el tejado de la vivienda.

—¡Saquen a las mujeres de la casa, vivo! —ordenó nuevamente el capitán.

Corrieron varios sirvientes para cumplir lo que les habían mandado cuando un nuevo proyectil cayó en la muralla, abriendo una brecha y matando a varios españoles.

Diego se acercó al Gobernador.

—No habrá más remedio que retirarse y abandonar la casa —le dijo—. No podemos luchar contra la artillería.

Pentecosti se encogió de hombros.

—Como ordenéis, señor capitán. Estáis más ducho en los negocios de la guerra,

Iba el corsario a responder, cuando un cohete se alzó en el aire, dejando a su paso una estela luminosa, y estalló en el aire, vertiendo una lluvia de luz sobre el buque pirata. Otro cohete le siguió, manteniendo la luz.

Como si hubiera sido la señal, una andanada rugió desde la obscuridad, igual que si el infierno se hubiera desatado en el mar, y sacudió al navío proscrito, arrancándole maderamen como si fueran astillas.

—¡Es «El Antillano»! —gritó Fajada—. ¡Conozco muy bien la voz de sus cañones!

En la playa se advirtió asimismo una gran conmoción. Se oía gritar a los piratas, desesperados al encontrarse entre dos fuegos.

Pedro; que tenía ojos de gato, le informó al capitán:

—¡Están reembarcando!

Villegas empuñó la tizona, al tiempo que se volvía a sus hombres.

—Carguemos contra ellos. ¡Vive Dios que ese pirata es todo un hombre!

Ágilmente saltó la muralla y corrió hacia el mar. En tropel le siguieron los españoles, lanzando furiosos gritos y disparando sin cesar.

Descendieron por la rampa y entraron en la playa. Vieron cómo los proscritos se alejaban, remando con fuerza.

La última lancha iba a hacerse a la mar y contra ella cerraron los españoles. Diego atacó al pirata que se disponía a empujar la embarcación. Su acero desviaba el machete que el forajido manejaba con brazo musculoso.

A su alrededor, los españoles les asaltaban la lancha, arremetiendo con fuerza contra los piratas.

Las culatas de los arcabuces, las horcas y las espadas luchaban contra los machetes y las picas.

Diego rasgó la mejilla de su adversario. Este lanzó un grito:

—¡El capitán Villegas!

Por toda contestación, el corsario le atravesó la garganta.

Luego se volvió hacia sus hombres que rodeaban a los piratas, derribándoles por tierra. Todo el furor contenido durante la defensa, se volcaba entonces sobre los proscritos. Mientras, la artillería de «El Antillano» continuaba vomitando fuego sobre el navío pirata.

Con increíble rapidez, los forajidos escalaron su buque, y, lo que admiró a Villegas, ejecutaron la maniobra alejándose de su enemigo. Aunque «El Antillano» evolucionó, lanzándose en su persecución, el pirata escapó de las garras de Ohando. Junto al mar, Villegas se retorció el bigote con la mano izquierda, mientras azotaba la arena con su espada.

—¡Vive Dios, que ese pirata es todo un hombre!

CAPITULO XII

OTRA VEZ LA MASCARA

El corsario se volvió a sus hombres.

—Que enciendan nuevamente las luces de la casa.

Los españoles, rodeando a un grupo de cautivos, asintieron, reemprendiendo el camino de la vivienda.

—Pedro —agregó el capitán—, encárgate de avisar a Ohando de que baje a tierra.

Se reunieron todos en la residencia del Gobernador.

El catalán tomó un farol y se dirigió hacia las rocas, donde hizo unías señas manteniendo el fanal en alto.

Villegas se dirigió hacia el lugar donde se encontraban los prisioneros. Eran cuatro hombres jóvenes y musculosos. De mirada cruel y altiva, como la de un halcón. Se les veía dominados por la barbarie pero no dejaba de haber cierta grandeza en su salvaje continente.

—¿Comprendéis el castellano? —preguntó.

Uno de los piratas hizo un signo afirmativo.

—Mejor. ¿Por qué habéis asaltado esta plantación?

El cautivo se encogió de hombros.

—Podéis suponerlo.

—¿Bajo qué capitán —servís?

Una sonrisa de orgullo iluminó el semblante curtido y sombrío de aquel hombre.

—De La Máscara.

El nombre del misterioso pirata hizo que todos se estremecieran. Villegas fijó su penetrante mirada en el cautivo.

—Hasta ahora nunca tuvimos una derrota —dijo el pirata, contemplando al español con admiración.

—¿Cómo se llama en realidad La Máscara?

—Lo ignoro.

—Más vale que respondas —afirmó Pérez de Lerma—. Te podría costar caro.

—Pueden torturarme si gustan, pero no les podré decir otra cosa.

—¿Por qué se oculta la cara? —preguntó Villegas.

El pirata se encogió nuevamente de hombros.

—Nadie le ha visto sin la careta. Siempre la luce y un día un marinero entró en el camarote del capitán sin avisar antes. Dio un grito de asombro, pero en seguida La Máscara, le pegó un tiro y le mató. Luego supimos que le había visto con el semblante descubierto.

Nos avisó a todos que esto nos sucedería en caso de querer descubrir su identidad.

Diego comprendió que el pirata no le engañaba. Aquélla representaba su gran oportunidad.

De la playa llegaron Fajeda y Ohando. El corsario se volvió hacia su piloto.

—Era La Máscara —dijo el capitán.

Martín y Pedro lanzaron una maldición,

—Saldremos en seguida en su busca —agregó Diego—. Es imposible que esta vez se nos escape.

—Su buque está algo averiado. No podrá navegar como el nuestro.

—¿Conoces alguna isla donde pueda ocultarse un navío?

—Sí, la del Turco. El pirata Vane la ha empleado varias veces para limpiar fondos.

—Bien —dijo el capitán—. Entonces marcharemos. —Se volvió al Gobernador y a sus invitados y agregó:— Caballeros, ha sido un gran placer conocerles.

* * *

En el camarote de «El Antillano» se reunían los oficiales del galeón.

En un derrotero, Ohando indicaba su situación.

—Nos encontramos en este lugar —decía—. Aquí se halla la isla del Turco. En cuatro horas podemos alcanzarla.

Villegas escuchaba con atención. Pérez de Lerma, sentado en una silla, escuchaba distraídamente al parecer, pero en su mente todo iba quedando anotado.

Alonso, por su parte, se retorció el bigote con nerviosismo. Estaba muy cerca de su amada y, por tanto, todo su ser se alzaba con el deseo de salvarla. Temía que el pirata huyera nuevamente de sus manos. Si todo marchaba bien, dentro de cuatro horas habría salvado a Margarita.

—Creo que será mejor detenernos —dijo el capitán.

Guevara se sobresaltó. ¿Es que nunca iba a terminar su congoja?

Se disponía a responder, cuando Villegas acabó de exponer su plan.

—Si continuamos ahora llegaremos a la isla antes de anoecer y La Máscara advertirá nuestra presencia. No nos interesa que luche, ya que puede morir. Debemos capturarlo vivo. Así que mi idea es esta. Permaneceremos aquí hasta que oscurezca. Entonces nos dirigiremos hacia la isla. Una vez allí, nos detendremos cerca de la playa y enviaremos a algunos hombres a que hagan una descubierta. En

cuanto localicen a La Máscara, atacaremos aprovechando el terreno.

Las horas pasaron sobre el galeón. Ni por un instante abandonaron los corsarios sus armas. Los más veteranos se dirigieron a la cámara, disponiéndose a dormir. Era preciso conservar las fuerzas, pues de otro modo les faltarían en el momento del combate.

Los jóvenes se sentían más inquietos y paseaban por la cubierta, dirigiendo miradas furtivas al mar, como si de él fuera a surgir la respuesta a la eterna pregunta que precede a un combate: ¿Cuántos sobrevivirían?

Alonso se encontraba asimismo dominado por los nervios. Pero el alférez no le importaba continuar viviendo después de la lucha. Le bastaba con haber salvado a Margarita. El crepúsculo tiñó de rojo el horizonte marino. El cielo escarlata se reflejaba sobre las aguas azules del trópico. Con increíble rapidez, la penumbra siguió a este estallido de colores. El cielo, el océano y el galeón adquirieron un tinte ceniciento que lentamente dio paso a la oscuridad de la noche.

No había salido aún la luna y podrían acercarse a la isla seguros de la protección de las sombras.

Con las luces apagadas, el galeón enfiló su proa hacia la isla del Turco.

Difusamente podían distinguir los contornos de las rocas. Ninguna luz se alzaba que indicase que en aquel lugar se ocultaba el buque pirata.

Ohando calculaba con la brújula la situación del navío.

No era probable que por allí hubiera atracado la embarcación de La Máscara. Más al Oeste se encontraba una caleta donde podía ocultarse un navío con cierta facilidad.

De todos modos, debían arriesgarse. Un marinero lanzaba la sonda para calcular la profundidad de las aguas. .

Al fin «El Antillano» lanzó el ancla quedando atracado junto a la costa.

En la cubierta se desarrollaba una extraña escena. Varios marineros disponían una lancha cuyos remos habían sido previamente enfundados para que el ruido del agua no despertase la atención de los piratas.

Unas sombras amenazadoras y salvajes aguardaban el instante de embarcarse y partir.

Iban desnudos por completo, a excepción de unos cortos pantalones de lona sujetos por un ancho cinturón del que pendían sus machetes.

Pérez de Lerma con los cabellos sujetos por un pañuelo azul, capitaneaba a aquel grupo de feroces corsarios que se disponían a internarse en la noche, para buscar al enemigo.

El atildado oficial estaba irreconocible. Su torso se veía desnudo y

lucía el pantalón arremangado hasta los muslos. Como había abandonado el tahalí, sujetaba la tizona con la mano. A su lado Fajeda iba vestido de igual modo.

Subieron los españoles en la lancha y ésta fué botada con gran cuidado. Luego, los aventureros se dispusieron a aguardar la vuelta de los expedicionarios. Si caían en manos de los piratas nadie sabría nada —más de ellos y La Máscara huiría para siempre.

* * *

Ohando advirtió al capitán: —Me parece que regresan. Villegas se acercó a la borda. Un centinela exclamó amartillando el arcabuz:

—¿Quién vive?

—España.

—Pronto, la consigna.

—Linterna.

La lancha se acercó al galeón y los corsarios subieron a la nave.

Juan Pérez de Lerma se dirigió al encuentro de Villegas.

—Les hemos cazado, Diego-exclamó con una sonrisa.

—¿Cómo es eso?

El alférez, rodeado por la tripulación, que aguardaba sus palabras, informó:

—Hemos costeadado hacia el Oeste. Vimos con claridad el resplandor de sus hogueras. Pedro y yo nos echamos al agua y fuimos nadando hasta la playa, donde espiamos a los piratas. Trabajan con toda rapidez. Creo que quieren marcharse mañana.

El corsario asintió, mientras Juan continuaba su relato:

—Creo que será más conveniente que el ataque se lleve a efecto por tierra. En el mar quizá mantengan su vigilancia, pero no imaginarán que por tierra pueda éste efectuarse.

Villegas asintió.

Media hora después toda la tripulación de «El Antillano», a excepción de la guardia al mando de Martín y de Matholi, se vistió de igual guisa que Pérez de Lerma. Ninguna arma fué permitida, más que las espadas y los puñales. Guiados por el alférez y por Fajeda iniciaron su marcha a través de la isla.

Algo encorvados, con los aceros en la mano, avanzaban los semidesnudos corsarios, como enviados de la muerte.

Cruzaron la playa y ascendieron como gatos por los acantilados, abriéndose camino a través de la maleza.

Nadie hablaba. Sus ojos permanecían fijos en la obscuridad y en sus mentes no cabía más que un pensamiento: Capturar a La Máscara.

Las sombras de la noche envolvieron la tierra, como una capa de misterio que no quisiera descubrir el refugio de los piratas.

Aquella marcha a través de la obscuridad en busca de un enemigo desconocido y al que jamás vieron, devolvía a los corsarios al único tiempo que efectivamente les pertenecía: el presente. Ayer era muy remoto y con frecuencia les traía dolorosos recuerdos. Mañana era tan incierto como la seguridad de sus vidas.

Los hombres que avanzaban a las órdenes de don Diego de Villegas se movían por distintas razones:

Para su capitán existía el deber que debía cumplir, capturando a La Máscara. Era un oficial español y nada ni nadie podría separarle de la misión que le habían encomendado, Alonso de Guevara sentía cómo se le aceleraba el pulso al pensar que Margarita de Monterrey estaba a muy poca distancia, pero en poder de los piratas. El joven alférez iba a luchar para lograr el rescate de su amada.

Leyden y algunos soldados veteranos marchaban al encuentro de los piratas para obedecer la orden de su capitán.

En cuanto a Pérez de Lerma, Fajeda y la gran mayoría de corsarios iban a luchar por espíritu de aventura, porque su sangre generosa y turbulenta se excitaba al pensar en la pelea y en el peligro, que se les subía a la cabeza como una droga. Continuaron marchando hasta cruzar un cañaveral. Al llegar al límite, Juan hizo detener la columna.

—Allí se encuentra el buque —murmuró señalando hacia sus pies.

Villegas examinó la obscuridad, en la que ardían los faroles de un navío. Al parecer habían concluido o suspendido todos los trabajos.

Con infinita precaución, los españoléis empezaron el descenso hacia la caleta.

Sus pies descalzos buscaban un punto de apoyo en la obscuridad. Un paso en falso supondría la muerte y el fracaso de la expedición. Pero todos llegaron sin novedad hasta la orilla del océano.

CAPITULO XIII

AL DESCUBIERTO

Villegas y el alférez conferenciaron un instante en voz baja. Luego, Pérez de Lerma tomó un envoltorio y se lo entregó al escudero. Fajeda se lo sujetó a los hombros.

Silenciosamente, Villegas entró en el agua, sujetando la espada con los dientes. Comenzó a nadar hacia el buque pirata.

Sus hombres le siguieron, procurando no despertar la sospecha de los proscritos. Se acercaron a la embarcación, sin que se dieran cuenta sus tripulantes. Los corsarios nadaban con decisión y rapidez. Una infinidad de cabezas morenas cortaban las aguas hasta rodear el casco del buque.

Los aventureros se apiñaron contra la madera. En lo alto de la nave se oían las voces y las pisadas de los centinelas,

Cuando todos los corsarios hubieron alcanzado el buque, Pérez de Lerma y Fajeda se encaramaron por la cuerda que sostenía el ancla. Con la agilidad de simios escalaron hasta llegar a la borda del navío.

Conteniendo la respiración, sus compañeros vieron cómo sus siluetas, aferradas a la cuerda se recortaban en el espacio y subían, sin soltar la espada, que sujetaban entre los dientes.

Llegaron por fin junto a la borda. Juan, que iba primero, se detuvo. Un centinela hacía su ronda, acercándose en aquel instante al lugar por el que ellos debían saltar. Era casi inevitable que descubriría su presencia. Podían permanecer en la cuerda, pero corrían el peligro de pasar allí mucho rato, ser descubiertos y hacer fracasar el ataque.

Pérez de Lerma decidió arriesgarse. No ignoraba que la audacia era lo único que le podía salvar. Empuñó la espada y en el momento en que el centinela pagaba por su lado le lanzó una estocada que le atravesó la garganta.

El pirata cayó sin vida, incapaz de proferir un lamento.

El alférez saltó a cubierta e hizo una seña al catalán. Pedro le siguió con agilidad. Una vez a su lado deshizo el paquete que transportaba y tomó una larga red de pescador. La dejó caer por el costado del buque, sujetándola en la borda con unos garfios.

Luego empuñaron los dos corsarios las tizonas disponiéndose a defender la ascensión de sus compañeros a cambio de su vida si fuera preciso. En cuanto cayó la red, Villegas se aferró a ella y como si fuera una escala, comenzó a encaramarse con asombrosa facilidad.



—Si, yo soy La Máscara.

Sus hombres le siguieron rápidamente. Algunos que no deseaban esperar turno, subieron por la cuerda que sujetaba el ancla, saltando al interior del buque.

Del agua salían cuerpos húmedos encaramándose por el costado del buque.

Villegas saltó a cubierta y, casi al instante, los aventureros comenzaron a aparecer en la nave.

El capitán empuñó su acero y echó a correr hacia el alcázar de popa.

Un centinela contemplaba asombrado cómo aparecían en la noche

aquellos hombres húmedos y semidesnudos.

Los corsarios se desparramaron por el buque. Mientras unos, capitaneados por Pérez de Lerma se dirigían a los sollaos, otros recorrían el entrepuente, y Villegas asaltaba el alcázar de popa.

La lucha fué muy breve. Tan sólo los centinelas intentaron resistirse y cayeron acuchillados por los corsarios.

El resto de los piratas se vieron atacados por sorpresa por los españoles, que semejaban salidos de la noche y que les amenazaban con sus armas, esperando una ocasión para coserles a estocadas.

El alférez les obligaba a salir a cubierta, convenientemente desarmados. Colocó un pelotón de centinela en la Santa Bárbara, pues no era la primera vez que volaba un buque cautivo, enviando al infierno a piratas y a capturadores.

Guevara corría por los pasillos llamando a voz en cuello: — ¡Margarita! ¡Margarita! De pronto se abrió una puerta y la joven apareció en el umbral

— ¡Alonso!

El tono de su voz y sus manos expandidas hacia el oficial fueron más aclaratorios que todas las palabras.

Guevara abrió los brazos, donde la muchacha se refugió, ocultando el semblante en el pecho desnudo del alférez. Por un instante permanecieron abrazados en silencio. Nada tenían que decirse. Se habían comprendido; luego se miraron a los ojos, sonriendo con increíble dicha. Iban a hablar, pero un griterío ensordecedor les obligó a mirar hacia el techo, donde se oían los gritos.

— ¡La Máscara! ¡La Máscara! —exclamaban.

Alonso tomó a Margarita de la mano.

—Vamos —dijo.

Villegas salió nuevamente a cubierta. El buque pirata estaba virtualmente apresado. Los proscritos se congregaban en cubierta con las manos alzadas, custodiados por los españoles. El capitán se dirigió a ellos y les gritó:

— ¿Dónde está vuestro jefe? Nadie respondió a esta pregunta.

— ¿Dónde está vuestro jefe?

Un silencio pesado siguió a las palabras de Diego. Después, una voz dijo:

— ¿Preguntabais por mí?

Se volvió Villegas para ver una figura esbelta y elástica de pie en el puente. Vestía de oscuro y se cubría el semblante con una careta de cuero.

— ¡La Máscara! ¡La Máscara! —gritaron los corsarios.

— Sí, yo soy La Máscara.

— Ríndete. Hemos capturado tu buque —invitó Villegas.

Se oyó la risa crispada del pirata.

—Ven a buscarme —respondió blandiendo su tizona.

El español no se lo hizo repetir dos veces. Esgrimió la espada en el aire y se precipitó al encuentro de La Máscara.

Chocaron los aceros, mientras los dos adversarios se atacaban con furor.

Piratas y corsarios presenciaban aquella lucha feroz. Sabían todos que el resultado del desafío decidiría su suerte. Si La Máscara vencía era muy posible que, según las leyes de la guerra caballeresca, los piratas quedaran en libertad.

Villegas manejaba su acero con la agilidad de un hombre que no ha hecho otra cosa en su vida, pero se las había con un adversario temible por su habilidad y su instinto feroz.

Escapaba a las estocadas de Diego y, a su vez, dirigía golpes al capitán, que tan sólo la maestría de éste lograba parar.

Villegas no quería matar al pirata. Deseaba capturarle vivo para entregarle a las autoridades de Santo Domingo.

Cerró su guardia, cargando sobre el enemigo. Le descargó un golpe que arrancó la espada de manos del pirata. Luego le amenazó con la punta de su tizona.

—Ríndete.

Antes de que La Máscara pudiera hablar, se oyó un grito de mujer.

—¡No, no le matéis!

Se volvió Villegas para ver a una muchacha que corría a proteger al proscrito con su cuerpo.

—¿Quién sois?

—Margarita de Monterrey, hija del Gobernador de San Juan.

Diego buscó a Alonso con la mirada, pidiéndole que confirmase esta declaración.

—Es cierto —dijo el aturdido oficial.

—Señora —exclamó el capitán—, no comprendo cómo intercedéis por el hombre que os raptó.

Guevara pensaba lo mismo. ¿Se habría enamorado de aquel pirata?

—Pero si no me raptó —protestó Margarita—. Fui yo quien le pedí asilo.

—Explicaos —rogó Villegas.

—Cuando los bucaneros atacaron San Juan, me oculté en la selva. Estaba convencida de que capturarían la isla y de que me venderían como esclava. Entonces vi aparecer a unos marineros cargados con unas barricas. Creí que eran filibusteros y quise huir. Uno de ellos me sujetó del brazo, diciéndome que no me asustara. En aquel instante apareció La Máscara y, a bofetadas, obligó a aquel hombre a

separarse. Me rogó que no me asustara. Que ellos no atacaban a mujeres indefensas. Le pregunté: ¿Teméis algo que ver con los bucaneros que atacan San Juan?

» —En modo alguno, señora. Hemos venido a reponer la provisión de agua.

» —En ese caso, llevadme con vos— supliqué —. Me habéis defendido y creo que me puedo fiar. Prefiero la muerte antes de caer en manos de los filibusteros.

»La Máscara dudó unos instantes pero accedió al fin.

» —Si pudierais llevarme a alguna colonia española, no dejaría de recompensaros— aseguré.

«Sonrió La Máscara y me dijo:

» —No necesito recompensa. Sé cuál es el destino de las mujeres cautivas.

»Me embarqué en su buque y esperamos a que se cruzara con nosotros algún navío español.

Villegas se atusó el bigote.

—No dejará de pesar esa acción en favor vuestro.

—No le mataréis, ¿verdad? —exclamó Margarita.

—No. Le conduciremos a Santo Domingo para que le juzguen — explicó Diego—. Pero antes deseáramos verte la cara —añadió disponiéndose a arrancar la máscara de cuero.

El pirata dio un paso atrás.

—Aquí no —dijo—. No quiero que se burlen tus hombres y los míos.

—¿Entonces?

—En mi camarote.

La Máscara echó a andar. Tras una breve vacilación le siguió Villegas, que con una seña, invitó a los dos alféreces, a Margarita y a Fajeda que le acompañasen.

Una vez en el camarote, el proscrito rogó a Diego:

—Os suplico que a nadie dejéis entrar.

El capitán sonrió.

—No temáis por eso. Pedro, encárgate de que no nos molesten.

El escudero cerró la puerta y se recostó en las maderas, acariciando la empuñadura de su espada.

—Cuando gustéis —dijo Villegas.

El pirata se quitó el chambergo que le cubría los largos cabellos. Luego se llevó la mano a la careta.

Los allí reunidos se inclinaron ligeramente para no perderse detalle. Iban a conocer la identidad del misterioso pirata. El enigma que tanto les había intrigado quedaría descubierto en breves segundos. Sabrían por qué razón el proscrito del mar se ocultaba el rostro.

El pirata se descubrió el semblante y los españoles lanzaron un grito de asombro.

La Máscara era una mujer bellísima.

fin

Se ha puesto a la venta el número

OCHENTA

de la Colección «EL COYOTE», el éxito del siglo en España, en Italia, en la América de habla hispana, y en cuantos lugares del mundo se publica o se vende. Ninguna Colección ha retenido, como ésta, el cariño y la fidelidad del público. Por ello, y con vistas a conservar esta fidelidad, anunciamos a partir del número

80 los ejemplares del Coyote elevará su número de páginas a **80**

Por sí solo, esto ya representa una rebaja en el precio. Es desde luego, a título de propaganda; sólo que en vez de beneficiar a periódicos, revistas, emisoras de radio o cualquier agencia de propaganda, la que nosotros hacemos beneficia a nuestros lectores.

PORQUE NO SOLO VAMOS A DARLES MAYOR NUMERO DE PAGINAS, SINO QUE ADEMAS, Y MEDIANTE UN ACUERDO CON EL FAMOSO AUTOR J. MALLORQUI, VAMOS A OFRECER MAYOR NUMERO DE TEXTO, HASTA EL PUNTO DE QUE, A PARTIR DEL NUMERO OCHENTA, EL «COYOTE» PUBLICARA DOS NOVELAS EN VEZ DE UNA SOLA

No se trata de una novela del Coyote más larga, o sea que no vamos a inflar un argumento hasta adaptarlo a la nueva extensión de los libros. Lo que vamos a hacer es algo que sólo nosotros somos capaces de realizar. Lea con atención lo que vamos a decirle:

Hace algún tiempo J. Mallorquí empezó a preparar una nueva Colección. Se trataba de las aventuras de unos personajes nuevos, que entusiasmaron a cuantos las leyeron. Hoy tenemos ya varios volúmenes de estas nuevas aventuras, y en vez de publicarlas en Colección aparte, en serie nueva, que inevitablemente sería acogida con entusiasmo por el público,

LA INCLUIMOS EN «EL COYOTE».

o sea, que a partir del número OCHENTA, titulado

MUERTE: PUNTO DE DESTINO

los lectores encontrarán la primera aventura de tres garbanzos negros, de tres bribones, a quienes el Destino reúne en la misma celda de la cárcel de Lorenzo, Tejas, celda de la cual han de salir camino de la horca.

Lorenzo es un pueblo muy especial. A la gente no le emociona una simple ejecución. Por eso el juez, el fiscal y el sheriff, procuran servir las ejecuciones en grupos. Cinco o seis de una vez resulta un espectáculo interesante, por asistir al cual los habitantes pagan, gustosos, medio dólar por cabeza. Esta vez, los que van a colgar de la horca son

JOSE MARIA (Chema) LOPEZ, español, acusado de vagabundeo, de llevar ocultos los revólveres y, en realidad, autor del delito de poseer un caballo demasiado bueno y codiciado.

«RIO» SOUZA, brasileño, que fué o pudo ser médico del Emperador del Brasil, pero a quien el Destino convirtió en vendedor de remedios inverosímiles, charlatán y jugador de ventaja. Hay en su vida una oculta tragedia, y va a morir porque jugando al «poker» con unos habitantes de Lorenzo que habían marcado los naipes cometió el error de ganarles cien dólares.

MAC CABA, irlandés, mujeriego, incapaz de resistir los atractivos de una mujer,

Créditos

Titulo:*La máscara*
Textos de J. León
Dibujos de Francisco Batet
Editorial Cliper, 1949
Colección:*El Corsario Azul*

Maquetado a partir de una aportación de *danielus* en ExVagos
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura

notes

Notas a pie de página

¹ Así se llamaba entonces a los fuertes militares.

² Muelle de las ejecuciones en Londres

³ Protestantes franceses.

⁴ Los habitantes de esta ciudad resistieron los vigorosos ataques de Richelieu, hasta que al fin las tropas del cardenal ocuparon, la ciudad.

⁵ Tridentes

⁶ En aquella época el Reino Unido aun no se había formado, y por tanto no existía la actual bandera inglesa. La enseña británica era la cruz de San Jorge.

⁷ Esperanza blanca.